



Romuald Grané i Vilaseca

Nació en Artés (Bages) en 1923, tres setmanes després del golpe de Estado del general Primo de Rivera. A los cuatro años, con sus padres y hermana, se traslada a Barcelona, al barrio de Sant Martí, donde lo que más abundaba era la necesidad. Ayudaba a despachar en la pequeña droguería que tenían sus padres y allí tuvo ocasión de conocer las dificultades de supervivencia de muchas familias con muchos hijos.

Así, hasta el 5 de julio de 1936, año que tuvieron que vender la tienda –las dificultades de los demás habían pasado al negocio – y se mudaron al barrio de Sagrada Família. A las dos semanas, el 18 de julio, tuvo lugar el brutal golpe de Estado que marcó la vida entera de tanta gente, como la suya, hasta bien entrados los 70, con detenciones, torturas, prisiones, luchas clandestinas, idealizando un mundo mejor.

Entretanto, se casa con Flora, entusiasta colaboradora hasta que se presentó el Alzheimer, que les ha llevado a conocer la realidad de las residencias, antes mixtas, ahora asistidas, y los sumerge en una lucha para lograr una residencia mejor, pensando que si “otro mundo es posible”, aún más “otra residencia es posible”.

Con la colaboración de

nous
horitzons
fundació

Romuald Grané i Vilaseca

Una reflexió sobre la última fase

Una reflexió sobre la última fase

Romuald Grané i Vilaseca

Pròlegs de Ignasi Riera y Eulàlia Vintró



Créditos

© Fundació Viure i Conviure, 2006

Con la colaboración de la Fundació Nous Horitzons

Dirección: Fundació Viure i Conviure

Diseño, producción y montaje: Publigat, s.c.p.

D.L.: B-0000-00

Una reflexión sobre la última fase

Romual Grané i Vilaseca

A Flora...

Motivo y objeto de esta Reflexión

A Margarita,

que con su temperamento y savoir faire y gracias a una dedicación casi obsesiva durante más de un cuarto de siglo a dirigir esta residencia, contando siempre con la valiosa ayuda de su equipo, ha conseguido suavizar y humanizar el deterioro que, por lógica, ha sufrido esta casa con la nueva reglamentación, al pasar de residencia mixta a asistida.

La Fundació Viure i Conviure y la Fundació Nous Horitzons no se hacen responsables de los contenidos del presente documento ni garantizan la exactitud de los mismos. Tampoco serán responsables de las opiniones del autor ni de las referencias a personas físicas o jurídicas que aparezcan en el mismo

Sumario

Bienestar en la última fase	
Prólogo de Ignasi Riera a la edición en castellano	09
Amor y planificación	
Prólogo a cargo de Eulàlia Vintró	13
Una reflexión sobre la última fase	17
La Residencia del ICASS, de Mataró	36
La soledad	41
La seguridad	43
Válidos en la residencia o residencia mixta	47
Epílogo	57
Comentario final. Por Romuald Grané i Vilaseca	59
Agradecimientos	65

Prólogo

Bienestar en la última fase

Prólogo a cargo de Ignasi Riera

Romuald Grané afirma que nació adolescente y que, con los 80 bien cumplidos, se continúa considerando a sí mismo adolescente. Te habla con la pasión firme de los viejos predicadores de la Idea. Y te mira a los ojos, con una chispa de ironía, no para interpelarte o para reñirte, sino para convertirme a la causa que él defiende. Luchador como ha sido y como es, con muchos quinquenios contra todo tipo de regímenes totalitarios, vive en la residencia para personas mayores “La Gatassa”, de Mataró, desde hace doce años, con Flora, su mujer, enferma de Alzheimer desde hace un cuarto de siglo. Su opúsculo, *Una reflexión sobre la última fase*, que tanto ha impresionado a personas como José Luís Sampedro, ha circulado –tanto en su versión original catalana como en las versiones ciclostiladas en castellano– y ha generado debates apasionantes, complicidades en ambientes sociales y profesionales de todo tipo. Por encima de todo, el mérito de Grané ha sido el hecho de rescatar del silencio un derecho secuestrado en el ágora de la opinión pública: el derecho de las personas mayores a la libertad de elección y a un bienestar

Eulàlia Vintró

sostenible (y al alcance de todo el mundo), tanto en las horas buenas como en las horas difíciles.

Con una generosidad ejemplar, propia de quien ha sabido dar sentido a su vida, Romuald Grané cuenta su historia familiar sin concesión de ningún tipo ni a la morbosidad ni a la lágrima fácil del lector. Con objetividad de persona solvente y tenaz, el autor sabe seducir porque no miente y porque no se deja cazar por falsas retóricas vacías. Es una persona como debe ser, de una sola pieza, y habla seriamente de un derecho universal, sancionado por la Constitución en su artículo 50: “Los poderes públicos garantizarán la suficiencia económica a los ciudadanos durante la tercera edad, mediante pensiones adecuadas y actualizadas periódicamente. Con independencia de las obligaciones familiares, promoverán su bienestar mediante un sistema de servicios sociales que atenderán los problemas específicos de salud, vivienda, cultura y ocio”. Grané no se deja deslumbrar ni por los halagos ni por las apariencias: sabe que algunas y algunos magnifican a la gente mayor pero que, en cambio, les hacen poco caso cuando las soluciones precisas se salen de los tópicos... y exigen cambios copernicanos a la hora de elaborar los presupuestos. Y, en política, las palabras se las lleva el viento: lo que no tiene el certificado anexo de una partida presupuestaria firme, no existe –o es, como mucho, simple propaganda o demagogia chapurera –.

Romuald Grané nos obliga a reflexionar con datos sobre la población de nuestro entorno. Y lo hace con el apoyo de los estudios de población –como él, yo también siento admiración sólida por las sólidas reflexiones de la demógrafa Anna Cabré –, que dejan claro que en Cataluña ya viven, ahora y hoy, más de un millón de personas de más de 65 años, y que tanto en Cataluña como en el resto del Estado, con expectativas de vida mayores, estas cifras, por suerte, se disparan. ¿Por suerte? Sí, obviamente... Siempre que los recursos públicos no conviertan tanta fortuna en nuevas formas de

Amor i planificació

exclusión social. En todo caso, el autor habla claro y analiza con rigor las encuestas que revelan, por ejemplo, que un 60% de las personas mayores consumen fármacos contra la depresión, que los porcentajes de los que viven la angustia punzante de la insuficiencia de las pensiones crece en proporción geométrica, que la soledad frustra y amarga muchas vidas, o que “muchos hijos maduros, en el fondo, están poco dispuestos a sacrificar una parte substancial de su ocio y de su trabajo, de su vida, al fin y al cabo, para atender a sus padres mayores”. A pesar de la mala prensa que generan actitudes tales, y a pesar de las llamadas a la mística de la familia como solución única, cada vez son más las personas y las familias que piensan en las residencias como solución (y más en una sociedad donde cada vez hay más personas mayores que viven solas y casi sin referentes familiares a su alcance). Aún sabiendo que la residencia no es *la gran solución* pero sí *una gran solución*.

El drama radica en una evidencia constatable: hay pocas residencias públicas. Y las plazas, en las residencias privadas, no están al alcance de la mayoría de las personas que las querrían ocupar. ¡Ah! Y la falta de recursos no es solamente de las personas que han vivido en estado de precariedad y que cuentan sólo con una pensión escasa, sino también de personas y familias que llamaríamos clase media baja que no se pueden pagar este tipo de plaza en una residencia privada digna.

Grané se arma de valor – ¡y nunca mejor dicho!- para preguntar a los poderes públicos si quieren evitar guetos de personas en su última fase vital o si los tales poderes, en sociedades que se proclaman democráticas y de izquierdas, priorizan gastos como los militares a la atención a las personas. El autor va más allá: a partir de su propia experiencia, pide residencias públicas de carácter mixto, porque a menudo la Administración, cuando requiere la práctica invalidez total a una persona para ser admitida en una residencia de interés general, las convierte en **pre-tanatorios**. Grané lucha por residencias

Romuald Grané i Vilaseca

que admitan personas mayores inválidas, sí, pero también personas “válidas” (si otorgamos al término su significado funcional).

Podríamos resumir el mensaje firme de Romuald Grané: contra el sentimiento de soledad y de inseguridad, residencia compartida. Se trata de un derecho. Y los derechos sólo lo son si son para todo el mundo. Se lo merecen (¡se lo han ganado a pulso!) personas sabias, sí, pero frágiles, expuestas a la ley natural del deterioro progresivo. Que quieren vivir su última fase en un clima de calidad de vida y de felicidad concreta, tangible.

Ignasi Riera

Madrid, 1 de abril de 2006

Prólogo

Amor y planificación

Prólogo a cargo de Eulalia Vintró

A menudo (por desgracia, demasiado a menudo) las noticias, los artículos e incluso los informes de expertos que nos dan información sobre las personas mayores se limitan a bien al sensacionalismo o bien al alarmismo o bien a la insistencia fría y descarnada de las cifras, de los costes económicos de las pensiones y del gasto sanitario o social dirigido a la gente mayor y a la insuficiencia de recursos que nuestro país invierte. Es realmente una lástima que las buenas noticias no sean noticia y que cueste tanto encontrar información en los medios de comunicación sobre las diversas e innumerables formas que nuestra gente mayor ha encontrado para seguir disfrutando de una vida plena y contribuir, también, al resto de la sociedad.

El texto que tengo el honor y la satisfacción de presentar, aunque cuando lo leáis ya veréis que no necesitaba de ningún tipo de presentación, es una prueba fehaciente de dos cualidades impre-

Ignasi Riera

scindibles para todo ser humano que realmente merezca esta consideración: capacidad de amar y capacidad de dar.

De la primera no es necesario que os diga nada, pero estoy segura de que no es posible leer este relato sin emocionarse e incluso sentir una pizca de sana envidia. Querría, más bien, comentar la segunda. En efecto, la experiencia que Romuald nos explica va mucho más allá de una vivencia personal, y gracias a su capacidad de dar, esta experiencia se transforma en una propuesta razonada, y que debería ser factible.

Desde la convicción compartida de que ninguna persona debería verse obligada a ingresar en una residencia, y también desde la constatación de que la familia actual y aún menos la familia futura podrá hacerse cargo de las progresivas situaciones de dependencia de las personas que superan los setenta y cinco u ochenta años, es evidente que es necesario articular un amplio y diversificado conjunto de recursos para garantizar la calidad de vida y la máxima autonomía a cada persona. Esta articulación y estas garantías, obviamente, sólo puede hacerla y darla el sector público, contando con formas de cooperación en la gestión con el sector privado no lucrativo y con el amplísimo tejido asociativo. No es necesario, por otra parte, inventar nada, ya que los países de nuestro entorno europeo, especialmente los del norte de Europa, hace ya años que han puesto en funcionamiento un rico abanico de servicios: ayuda a domicilio, centros, centros de día, viviendas tuteladas, residencias de diversos formatos, etc. También existen aquí, aunque en un número claramente insuficiente y, en algunos casos, con una calidad poco satisfactoria.

Pero la reflexión y la propuesta que aquí se nos hace incorporan una perspectiva hasta ahora poco valorada, en parte porque la insuficiencia de los medios disponibles obligaba a priorizar a las personas más dependientes y en parte porque se pensaba que las personas

Benestar en la darrera fase

válidas no querían ir a una residencia. La perspectiva nueva tiene que ver no con la dependencia física sino con el lazo emocional y afectivo y con el derecho que cualquier pareja tiene de no verse obligada a una separación no deseada. A partir de la reivindicación de este derecho elemental y del hecho que no habrá quien la rechace, resulta evidente que en la articulación de servicios se ha de prever un tipo de equipamiento que permita la continuidad de la pareja y consecuentemente la existencia de residencias mixtas para personas dependientes que quieran continuar juntas. Ahora bien, de la reflexión sobre esta realidad de convivencia, evidentemente buena para la pareja, se desprenden otros beneficios para el conjunto de las personas residentes en la medida que las personas válidas dan más vida, más actividad y más calor de normalidad a todo el conjunto. Y en la medida en que esto es así, no haría falta tampoco limitar el acceso de las personas válidas a las parejas, sino que por el contrario se deberían reservar unos porcentajes de cada tipo de persona para equilibrar en todo momento la dinámica del equipamiento.

Es muy cierto que en los últimos años se han ido ensayando diversas formas para facilitar la relación entre personas que viven en residencias y otras personas más autónomas que viven en el núcleo familiar. Se han incorporado a las residencias los centros de día, o los centros o las viviendas tuteladas, se han estimulado actividades culturales, talleres de manualidades y relaciones más personales con grupos de voluntariado, pero a pesar de la mejora que representan, no deja de ser cierto que son elementos externos y parciales.

Creo que en estos momentos, cuando el Gobierno de izquierdas de la Generalitat tiene la posibilidad y la obligación de corresponder a las ilusiones y anhelos de la ciudadanía y de construir un auténtico Estado del Bienestar, es especialmente útil la publicación y la lectura de *Una reflexión sobre la última fase* y tengo el convencimiento de

Romuald Grané i Vilaseca

que, si lo leen las personas que tienen que planificar los servicios para la gente mayor, algunas de las muchas y provechosas ideas encontrarán un espacio para convertirse en realidad.

Eulàlia Vintró

Barcelona, diciembre de 2004

Una reflexión sobre la última fase

Romuald Grané i Vilaseca

Adentrarse interesados, con ganas de documentarse, en el campo de la demografía en lo que respecta a las personas mayores es como sumergirse en un mar de cifras y datos que, aun siendo hipotéticos, te magnifican un futuro en el que te acabas sintiendo inmerso, como dentro de una realidad indiscutible. Te dicen que en el siglo XX se ha producido una revolución en la longevidad, que la esperanza de vida ha llegado a tantos años y que en el año tal llegaremos a no sé cuantos y que en el otro se llegará a no sé qué. Me resisto a marearos con números que, si bien son muy interesantes, acaban por aturdirte. La magnífica demógrafa Anna Cabré te explica y no acaba, de manera apasionante, todos los caminos por los que, con un poco de suerte, ya no nos moriremos nunca. En fin. Lo que sí es cierto es que el alargamiento de la esperanza de media de vida es tal que ahora todos lo contemplamos con cierta ilusión y, por qué no decirlo, también con un poco de precaución, puesto que nos puede representar más bien... un problema. El alargamiento incon-

Romuald Grané i Vilaseca

trolado de los años a vivir es conseguido en parte a base de medicamentos que en la mayoría de los casos curan o frenan enfermedades concretas, pero que muchas veces dejan secuelas peligrosas que se arrastran en el curso de los años, lo que hace que quizá el panorama que se nos presenta no sea del todo brillante. Debo hacer constar que soy vitalmente partidario de la ciencia y gran admirador de los resultados conseguidos. Pero sé en qué mundo vivo y temo que, en muchas ocasiones, en los objetivos de los laboratorios figura tanto el interés por salvar vidas como el de que la cuenta de resultados les sea satisfactoria.

Aun así, no debemos minimizar lo que ya es un hecho y muy importante, ni podemos cerrar los ojos ante el enorme incremento de personas mayores y cada día más mayores en años que se irán acumulando alrededor de sus familias y que, si ahora ya se da el caso de que en algunas ya hay abuelos y bisabuelos, dentro de pocos años este hecho será el plato del día. Es posible que ya no sirva, por parte de los gobernantes de turno, el esperar que las familias lo vayan solucionando como puedan, con ligeras ayudas económicas o de asistencia domiciliaria. Haciendo un planteamiento objetivo y profundo, lo que nos encontraremos es que el trabajo femenino –es de esperar y desear – crecerá de forma remarcable fuera de casa, y las dificultades para mantener el esquema clásico de la mujer que llega a todas partes –trabajar, criar hijos, cuidar abuelos y quizá bisabuelos –. En fin... posiblemente habrá quien espere que las abuelas no tan viejecitas cuiden de los bisabuelos y si puede ser de los nietos, que mientras se pueda ya está bien, pero ya estamos rozando lo que el doctor Guijarro, desde Granada, nos advertía sobre las “abuelas esclavas”. Parece que si no es muy necesario, y como algo puntual y transitorio, no es este el camino del Estado del Bienestar que deseamos. Aun así, nos podemos encontrar con aspectos y facetas que no porque a unos les guste se pueden prohibir por real decreto. Ya somos más de un millón de personas mayores en Cataluña y de aquí a unos años seremos muchos más; quién puede

Una reflexión sobre la última fase

dudar de que entre tantísima gente habrá gustos para todo, y lo que nos podemos preguntar es qué persona, qué institución –si aún estamos en régimen democrático, que ojalá sea así –, quién tendrá derecho a obligar o bien a prohibir lo que otros deseen para ellos, siempre, claro está, que esté dentro de las normas naturales, es decir, de los derechos humanos.

Resulta emocionante, visto desde una perspectiva un poco distante, imaginarse una sociedad tan abundante de gente mayor aún con buena salud, con tiempo y con ilusión para hacer toda una serie de cosas que de más jóvenes no pudieron realizar, conviviendo con hijos y nietos, o solos, o mejor con la correspondiente pareja en su piso o en su casita, disfrutando de un periodo de la propia existencia que puede ser de máximo bienestar. Pero no hace falta ser demasiado perspicaz para darse cuenta de que lo ideal no siempre responde a la realidad y que, unos por razones económicas, otros por problemas de convivencia familiar, muchos por carencias de salud –quizá por lo que hemos mencionado antes: los medicamentos que hacen, digamos, maravillas, pero no milagros –, nos encontraremos que entre medio de este grupo de gente mayor, la mayoría de la cual se irá moviendo aún con buena salud, habrá un grupo numerosísimo incapaz de continuar sin un apoyo fuerte y decisivo para poder llegar al final de la carrera lo más dignamente posible.

Desde un punto de vista institucional, al analizar la problemática de la gente mayor de cara a lo que podríamos llamar la etapa final no hay que olvidar ni por un momento con qué material, permitidme la expresión, estamos trabajando: totalmente deteriorable. Un leve golpe de aire desmonta todo un castillo; una simple caída rompe toda una apariencia que parecía eterna. Y los ejemplos podrían ser infinitos. Es sólo un toque de atención a tener en cuenta cuando se hacen proyectos y planificaciones de cara al futuro de colectivos de personas mayores.

Romuald Grané i Vilaseca

El mérito mayor de cualquier abuelo o abuela es, quizá, la acumulación de experiencias, de vivencias, de conocimientos conseguidos a través de los años transcurridos, que puede ser la base de lo que se llama la sabiduría de los ancianos. Digamos que esta es la cara positiva de los años. La otra cara menos positiva es que la acumulación de años nos hace el cuerpo cada vez más indefenso y vulnerable frente a cualquier agresión externa.

Se insiste mucho, y nunca se hará lo suficiente, en la importancia de que cada persona, individualmente, asuma el problema de envejecer, aceptando que al final de la vida encontraremos la muerte. Pero que antes hay un periodo, quizá el más dificultoso, en que si entre uno mismo más el entorno, pero en grado superlativo las instituciones, no se crean unas condiciones estructurales de consistencia sociosanitaria, cultural y humana que permitan afrontar esta fase con una sensación de seguridad, de serenidad, en que se puedan ir superando todos los inconvenientes y dificultades y que nos facilite llegar al final del trayecto de la manera menos traumática posible, este final puede ser muy desagradable.

Sin duda, no podemos estudiar la problemática de la gente mayor como un todo, como un cuerpo uniforme. Basándonos sólo en Cataluña, donde ya parece que pasamos del millón de pensionistas, seguro que encontraríamos toda una serie de gustos, conveniencias y necesidades de las más variadas formas. Debo confesar que personalmente me preocupan poco o nada los que entre pensiones, posibilidades económicas particulares o fondos de pensiones, no tienen ninguna nube económica en su firmamento. La cosa preocupa cuando hablamos de abuelos y abuelas que viven solos y con pensiones ridículas, o no solos, pero que tampoco les llega para final de mes. En fin, toda la pobreza descrita en Cataluña –decimos Cataluña porque hablamos ahora y aquí, pero la preocupación es global, general –. Volviendo a este punto, no se puede ignorar otro gran grupo que sin duda no es tan lastimoso, pero del cual no

Una reflexión sobre la última fase

podemos olvidar su problemática: el sector situado desde la llamada clase media hacia abajo. No se les reconocen derechos como necesidades, pero no llegan con lo que cobran a poderse pagar muchas cosas que les son necesarias. Sin ir más lejos, no tienen derecho a una plaza de residencia pública, porque cobran demasiado, pero no pueden ir a una privada porque no llegan ni de lejos. Lo mismo les pasa si piden un centro de día o cualquier servicio de tipo social. En una de las últimas encuestas se señala que al 33% de los mayores les preocupa el precio de las plazas residenciales –en Cataluña es el 41% –, hecho que indica que cada día crece el número de personas mayores que miran hacia las residencias como posible y definitiva solución, a pesar de la propaganda en contra por parte de ciertos sectores.

Hablando de las problemáticas que preocupan a las personas mayores, nos encontramos con que la prioritaria es la parte económica, digamos las pensiones; y es normal que así sea, después de tantos congresos –estatales, nacionales, municipales...– en que ya desde el primero se reclamaba que con urgencia se elevasen las pensiones mínimas al nivel del salario mínimo interprofesional, aun considerando que éste es bajo, o sea, corto, para alcanzar un nivel de vida digno. Bien, estamos donde estamos y aún se sigue hablando de la necesidad de arreglar las pensiones no contributivas así como las de viudedad. Todo esto nos lleva a que el 67% de los encuestados manifieste que el de las pensiones es el principal problema. Tampoco hay que menospreciar que el fantasma de la soledad preocupe a un 46% del colectivo de personas mayores. Con un porcentaje también muy elevado, en la encuesta se consideraba como otro gran temor el de la seguridad, el poder mirar el porvenir con una cierta confianza y sentirse a cubierto de los imprevistos de la vida en todo lo que sea posible. Al notar cómo las propias fuerzas, tanto físicas como morales, te menguan, sientes la necesidad de poder confiar en algo más consistente, más seguro, que te dé la mano hasta el final del trayecto.



■ Els Reyes en la residencia

Me gustaría saber valorar aproximadamente la importancia cuantitativa a que podemos llegar en cuanto a personas mayores. Me leo cuanto cae en mis manos respecto al tema, que no es poco, y es realmente aturdidor. Si además nos atrevemos –debemos hacerlo en un momento u otro – a valorar la parte, yo diría, cuantitativa, de esta masa de gente mayor, pongamos la salud, las enfermedades, sin olvidar que se trata de un problema que aumenta indefectiblemente de manera espectacular, la ecuación es clara: a más años de vida –o de existencia –, más gente irá quedando en la cuneta esperando a quien le ayude en su problema. Lo grave es que serán millones.

En una mesa redonda en la que hablábamos del testamento vital o últimas voluntades, sentí la necesidad de decir que si es que había habido un Creador, quedaba manifiestamente claro que se le había traspapelado lo que a la última etapa de la vida del ser humano se

Una reflexión sobre la última fase

refiere. Basta con mirar a cualquier parte y te encuentras con todas esas enfermedades y padecimientos que te dejan desconcertado. Pues bien: tengo pocas posibilidades de aclarar nada sobre el posible Creador, pero me dolería silenciar mis propias experiencias a quien le puedan servir para, desde lugares de decisión, posibilitar el alivio de sufrimientos y el malvivir a todo este conjunto de personas que ha ido quedando por las aceras de los caminos de la vida. Es de suponer que no estamos en condiciones de elegir y decidir si queremos vivir menos años y con mayor calidad de vida o bien nos tenemos que quedar donde nos toque dentro de esta perspectiva actual y futura.

Del mismo modo que he dicho antes que no me preocuparé por los que tienen solucionado el problema de las pensiones y por consiguiente la situación económica, de lo cual me alegro mucho, tampoco me preocuparé de los que están llenos de salud y viviendo en su casa con su esposa, o con los hijos y nietos en armonía y felicidad. Ojalá les dure muchos años y ojalá fueran muchos más los que pudieran disfrutar de semejante situación.

Como se suele decir, procuraré ser breve. O sea, no más extenso de lo imprescindible para narraros una parte de la historia de mi mujer y mía en lo referente a la problemática de nuestra vejez, de una manera que os pueda ser inteligible. Cuando tenía 56 años, a Flora, mi esposa, le diagnosticaron que padecía Alzheimer, una enfermedad que en aquellos momentos, hace casi 23 años, era bastante extraña. Todo empezó con que le quitaban cosas. Dijeron que era demencia senil prematura. Pero la cosa se iba agravando y no pintaba nada bien. Para simplificar, fuimos de un médico a otro –psiquiatras, neurólogos...– y después de diferentes análisis y tests variados de lo más atrevido, el resultado fue un Alzheimer manifiesto, que a pesar de todo el cuidado y miramientos al explicártelo y describiéndote todo lo que te podías esperar como consecuencia de la enfermedad –aunque en aquellos momentos no se tenían las

Romuald Grané i Vilaseca

experiencias actuales – te hacía sentir muy desamparado. No es para explicarlo y aún menos para pasarlo. Pero, naturalmente, lo tuve que pasar, y aún lo estoy pasando. Supongo que, para quitarme posibles méritos – ¡ah, malvados!–, los familiares y amigos más próximos me decían, y aún me dicen, que tengo un carácter especial para estas cosas. La vida me ha reservado facetitas muy duras y es de suponer que, al fin y al cabo, el carácter se forja. Pero no temáis, que ahora no os explicaré con detalle mi vida, sino sólo lo que hace referencia a esta última fase, que quizá sí podremos considerar la más grave, aunque sólo sea por su duración.

Si cuando tenía un perro pastor alemán compraba libros referentes a su crianza, o si cuando criaba conejos o gallinas hacía lo mismo, supongo que no es necesario que explique que busqué cuanto podía tratar o tener relación con esta enfermedad, o cosas relacionadas con su problemática. Estando ya en la residencia, en alguna ocasión ha venido alguna cuidadora a pedirme que le dejara algún trabajo referente a este tema. Posiblemente llenaría un libro sólo relatando el recorrido por especialistas que he consultado, por pruebas que le han hecho. Lo que no querría pasar por alto, pues sin esto quizá no tendrían sentido otros aspectos de esta narración.

En cierta ocasión, comentando el caso de Flora entre el personal especializado de la casa cuando ya hacía unos cuantos años que estábamos aquí, o sea, cuando ya nos conocían, alguien dijo: “Es que Flora es un caso atípico”, a lo que otro respondió: “Es que Flora ha tenido un trato atípico”, cosa que coincide plenamente con mi opinión. He visto y veo aún muchos familiares que junto a un pozo de besos y carantoñas les señalan que están enfermos e incluso hay médicos que opinan que es bueno que la persona lo sepa. Recuerdo sólo una vez que Flora, ante una serie de olvidos y despistes, dijo: “Si sigo así acabaré como una idiota”. Yo, como siempre que algo no iba demasiado bien, me saqué de la manga cualquier tontería o payasada para que ella riera, y una vez que reía

Una reflexión sobre la última fase

ya había pasado el temporal. Recordemos que esto fue en los primeros años de la dolencia. Los médicos me habían advertido de que el trabajo que hacía en el taller –llevar el despacho, la relación con los clientes y los proveedores, etc. – no lo podría seguir haciendo, y que convenía que aprendiera algún trabajo manual, a lo que respondí que no sería necesario que aprendiera ninguno, pues su verdadero oficio era coser y ya le proporcionaría yo trabajo, y así lo hicimos. Hacíamos cojines y un tipo de colcha para sofá cama, que en aquellos momentos estaban muy de moda, y yo, en buena parte, los cortaba, y ella los cosía y los vendíamos a tiendas de muebles que ya eran clientes nuestros. Los primeros años vas encajando las sorpresas, ninguna agradable, y ves de qué manera la enfermedad va avanzando y va ganando terreno, y entiendes que has de montar una línea defensiva para aminorar el avance del adversario, y la basábamos en tres puntos muy concretos: primero, en trabajar. Ella siempre había sido muy activa. Seguíamos un ritmo muy prudente pero que ocupaba bastantes horas, que eran de trabajo pero a la vez de distracción. El segundo fue que, tan pronto como confirmaron la enfermedad –siempre según los límites de infalibilidad en que puedes confiar –, en seguida compré una mini cadena y diversos altavoces que instalamos por toda la casa, y siempre estábamos rodeados de música de la más variada, a la que Flora era particularmente sensible. El tercer punto era quizá el más especial, pues era el que llamábamos *la terapia de reír*. Como a ella la risa le costaba tan poco, me facilitaba que mis payasadas no tuvieran que ser excesivamente excéntricas. Esta sensibilidad a la risa le ha durado hasta hace poco y aún a veces se engancha, lo que es buena señal. Se lo explicaba al psiquiatra y a él le parecía oportuno, y lo que más me hacía detallar era lo que denominábamos el porcentaje de colaboración en las tareas que íbamos realizando. Por ejemplo, al principio preguntaba por la costura y por la cocina. Sintetizando, diré que tanto en la cocina como en la costura yo intervenía con un 20% y ella con un 80%, lo cual era admirable. Pero la cosa fue variando más o menos lentamente –aquello de ir disputan-

Romuald Grané i Vilaseca

do el terreno palmo a palmo o centímetro a centímetro – hasta llegar al 80% por mi parte y el 20% por la de ella. Esto ocurrió cuando llevábamos 12 años de Alzheimer.

Es necesario que explique, para que resulte más entendible, que era el verano de 1993 e íbamos a El Morell a casa de unos primos, y ella se quejaba de dolor en el brazo. El médico de cabecera le recetó una pomada, pero al cabo de unos días de estar allí en lugar de curarse se hinchaba. Volvimos rápidamente y cuando el médico lo vio nos envió a urgencias, donde le hicieron una radiografía y vimos que el brazo estaba roto, sin haberse dado ningún golpe ni nada parecido. Creo que lo llaman rotura patológica o algo así. Como teníamos la intención de ir a pasar un mes a Francia, en casa de unos compañeros, el traumatólogo le hizo un vendaje adecuado, le recomendó tener cuidado y nos dijo que en 30 días teníamos que volver para operarla. La cosa no pintaba nada bien, pues todos los especialistas de su enfermedad remarcaban que en cualquier operación en que interviniera anestesia los efectos negativos podían ser espectaculares. Y así fue, más o menos.

A partir de aquí todo fue diferente. Si ya en los últimos tiempos la cosa se había ido poniendo difícil, entonces todo empeoró. Ya necesitaba más atención. Ya no cosíamos ni hacíamos nada, lo que significa que las horas se tenían que llenar de alguna manera.

El Ayuntamiento, desde hacía un par de años o más, me facilitaba una trabajadora del hogar dos horas a la semana –por tanto, sé lo que es la ayuda domiciliaria –. Bienestar Social, como que Flora no cobra pensión, nos daba 40.000 pesetas cada mes, a solicitar anualmente.

Quizá debería explicar que vivíamos a pie de carretera, pero a un kilómetro del pueblo, que era Sant Fost de Campcentelles, en una casita rodeada de árboles de todo tipo, con cuarenta rosales de lo

Una reflexión sobre la última fase

más variado y un trozo de huerto. Los ruiseñores, cosa poco frecuente, criaban en los arbustos que teníamos en el jardín, y las abubillas también estaban en casa... Pero para qué continuar, si en aquel momento nada tenía el mismo color ni el mismo aroma. No tenemos hijos, y mi hermana vivía en otra casa junto a la nuestra y era la que, cuando yo iba a Barcelona a alguna reunión o actividad o a algún acto, cuidaba de Flora. Para rematar este punto, decir que ante esta panorámica no encontré mejor solución que ir a una residencia, pero lo que ni por un momento se me ocurrió fue enviar a Flora sola y yo quedarme en casa. Juntos habíamos pasado mis peripecias con los policías, los Consejos de Guerra, y cuando me enviaron al penal de Santoña lo primero que a ella se le ocurrió decir fue: "Si supiéramos que vas a estar muchos años, yo me voy allí y ya encontraré trabajo de alguna cosa, y así te podré ver a menudo, y ojalá pudiera entrar a trabajar en el penal, sería lo ideal". Pues yo sí que podía estar dentro de donde ella estuviera, y así lo hicimos. A finales del 93 ya se hablaba básicamente de residencias asistidas, y algunas asistentes sociales con quien hablé del tema me decían que no me propusiera entrar yo porque acabaría loco, pero yo tenía muy claros mis objetivos y recuerdo que una ocasión hablé con el Conseller Comas, que me decía que el entrar ella sola sería más sencillo, y le dije: "Soy partidario de la Ley del Divorcio y creo que debe existir, pero yo no me quiero divorciar. Precisamente cuando creo que ella más me necesita". Parece que el Conseller me entendió. Y no me escondo de decir que, si alguna cosa he hecho bien en esta vida, fue dar este paso, del que estoy muy satisfecho, y que si algo me repugna y me escandaliza es pensar que hay quien tiene poder para impedir que den este paso o alguno parecido las parejas que lo crean oportuno, más aún si los que hacen uso de este poder llevan traje de progre.

A todo este panorama hay que añadir que yo tenía una válvula en el corazón que no funcionaba y que según el cardiólogo de Mollet era preciso intervenir en una operación de aquellas que llaman, creo, a

Romuald Grané i Vilaseca

corazón abierto, además de que la próstata también amenazaba ruina y el especialista hablaba de operación. En conjunto, se presentaba una panorámica bastante considerable, a la que había que hacer frente, y por descontado la opción más sensata era la residencia, ya que si me tenían que operar ella estaría atendida sin forzar la colaboración familiar. Pero lo más interesante es que de esto hace diez años y aún no me han operado, y el corazón se me ha curado y ya no tomo ni pastillas, y la próstata se mantiene tan maja con una pastillita al día. Me imagino que a los demás no os dará mucho que pensar, pero yo sí que me he dedicado mucho a hacerlo, y mi conclusión es clarísima: fueron doce años, durante los cuales, si bien estás en tu casa, en tu ambiente, rodeado de familia, todo lo que se quiera, pero con una problemática bastante aterradoras y que te lo tienes que solucionar tú, procurando molestar lo mínimo a la familia, pues prevés que la cosa va para largo y aun conociendo la predisposición familiar no quieres que se pueda quemar el barco antes de haber hecho todo el recorrido; el estar todos esos años, día a día, aprendiendo constantemente el oficio de cuidador, llevar la casa, el trabajo, que era a la vez como una terapia... En fin, podríamos alargarlo hasta quién sabe dónde. Lo he citado para fundamentar mi opinión de que no es extraño que el corazón se quejase. Y la otra cara de la moneda, la residencia, donde me lo dan todo hecho, donde me quitan todo un cúmulo de responsabilidades, donde en todo momento tienes a mano quien te atiende y te aclare cualquier incógnita o duda que se te presente. Bien, no quiero decir que fuera como volver a nacer, sino que lo compararía con salir a la calle después de haber estado en la cárcel. Cambiar de un ambiente que te resulta hostil, agresivo, en el que te sientes incómodo. Y este ambiente era ni más ni menos nuestra casa, que nosotros nos habíamos diseñado desde la primera piedra hasta la última flor. Sin ninguna duda, si no hubiésemos dado el paso en estos momentos los dos estaríamos ya muertos y enterrados o en situación peor. De hecho, la existencia de Flora se ha alargado excesivamente. Pero si bien aquí está en un estado

Una reflexión sobre la última fase

deplorable, imaginémosnos los dos juntos y solitos en nuestra casa, por mucha asistencia domiciliaria que nos facilitasen, que ya no cuidaríamos flores ni plantas ni nada parecido.

En aquellos momentos, el tomar la decisión de entrar en una residencia lo planteé a la familia, a la que dije: “Quizá primero de todo por mi interés, después por el bienestar de Flora, pero también para evitaros la parte que, se quiera o no, os tocaría en esta rifa”. Lo comprendieron en seguida, no en vano llevábamos doce años de experiencia. Y por mi parte, como digo más arriba, fue toda una sensación de liberación, y cuanto más tiempo pasa más tengo esa sensación de libertad, de bienestar, dentro de lo que los años te pueden permitir. A veces digo que el defecto de estas residencias es que cuando ingresas deberían quitarte treinta años de encima, pero esto no puede ser, ¿verdad? Bromas a parte, llevo casi diez años como residente y esto me ha permitido tener a mi mujer mucho mejor cuidada que si la hubiera cuidado yo, con toda la asistencia domiciliaria que se quiera. Ahora puedo realizar, en el centro y en la residencia, una labor humana que nunca hubiera imaginado, y tengo además tiempo para actuar en el Partido en diferentes espacios, que si tuviera que hacer comidas y llevar la marcha de la casa y cuidar a la enferma, que ahora ya requiere jornada completa, por mucha ayuda que me facilitaran no llegaría ni mucho menos donde ahora llevo, especialmente con esta sensación de seguridad con que me muevo, sabiendo que Flora está bien atendida profesional y humanamente las veinticuatro horas del día y de la noche. Esta sensación de seguridad sólo puedes conseguirla en sitios como este. Supongo que no extrañaré, ante mis vivencias, la reafirmada opinión que tengo respecto a las residencias, obviamente públicas, pues no conozco las privadas.

Sin duda, el tema es amplio y profundo. La palabra *residencia* la utilizamos no sé si a la ligera o bien con un espectro demasiado amplio que alcanza cosas diferentes. Dejando las otras a parte, vayamos

Romuald Grané i Vilaseca

simplemente a las de gente mayor: *residencia* es, o debería ser, un lugar adecuado para residir. No parece adecuado este nombre a un lugar en que la mayoría de los que están tienen el lamento y el dolor como expresión habitual, junto con el consabido “ojalá Dios se me llevara” o el “ojalá mañana ya no despierte”. Por mucho que lleve el apellido de *asistida*, eso no tiene nada de residencia, y crear lugares –alguien los ha llamado “pretanatorios”– de estas características a conciencia parece poder incurrir en delito de lesa humanidad. Sin duda, la fase es delicadísima; pero, por eso mismo, debería estudiarse con mucho cuidado. A mí, personalmente, dos cosas me fuerzan a recapacitar profundamente, y son las siguientes:

La primera. Por el motivo que sea – pastillitas, etc. –, la vida, o mejor dicho la existencia, tiende a alargarse, amenazadora e imparable. En algún sitio ya lo digo: lo que podría ser motivo de ilusión se convierte, también, en motivo de temor. Aquí dentro estás como en una atalaya de observación donde puedes vivir a flor de piel procesos de deterioro, a veces parable y recuperable, y otras que te llevan derecho al final. **Es quizá el punto desde el que valorar muy seriamente la importancia que deberíamos dar a hacer lo menos penosa posible esta fase, desesperante para algunos, que no estaría de más poder suprimir. Pero por ahora esto no parece posible.**

La segunda. Si, como se prevé, la avalancha de personas mayores es tan numerosa como parece (¿y deseable?), todas las medidas serán pocas para hacer frente a esta eventualidad, y por descontado que las atenciones individuales y a niveles únicamente familiares, aunque sea con las siempre escasas ayudas institucionales, nunca serán suficientes. Habría que hacer un inciso referente al básico y determinante tema de la familia.

En primer lugar, resaltar que cuando se abordan problemas relacionados con la gente mayor, al hablar de la familia todo el mundo, en especial las instituciones, se refieren a la mujer de la familia, que

Una reflexión sobre la última fase

es la que ha sido desde siempre el eje alrededor del cual han girado todos los mecanismos de esta institución, que ella ha coordinado prácticamente en su totalidad. Pero últimamente la familia ha evolucionado y ha sufrido cambios muy significativos, se dice que esencialmente por el hecho de que la mujer sale a trabajar fuera del hogar. A todos se nos abre el corazón y se nos llena la boca de ilusión al hablar de la familia, pero no por el hecho de hablar de ella, sino más bien porque tenemos el cerebro lleno de las posibilidades positivas que esta familia puede jugar en la problemática de los miembros más mayores de la misma. Contaríamos por miles las fotografías, los dibujos, las panorámicas que a diario podemos disfrutar observando: abuelos y abuelas rodeados de nietos en un ambiente de perfecta felicidad y armonía. Pero, ¿es así el desarrollo diario de la vida, en términos generales? Hay un cierto número de familias que responderán a este esquema, pero ¿en qué porcentaje? Seamos realistas: si alguien fuera capaz de hacer un análisis detallado del funcionamiento de la institución familiar, quizá nos podríamos encontrar en el *cul-de-sac* de que las familias que mejor funcionan son las que tienen como soporte principal a la abuela, una abuela que aún está medianamente fuerte y que tiene la cabeza un tanto clara. A partir de esta situación podríamos escribir los guiones de un sinfín de películas o novelas con diferentes finales. Pero, por desgracia, los finales en este campo raramente son agradables, y en algunos casos son incluso desagradables, como cuando la abuela lo ha dado todo, ha servido a todo el mundo mientras le ha quedado una brizna de fuerza, mientras ha podido; y, cuando ya no ha podido más, entonces a una residencia, y que alguien haga más que nosotros.

No estoy en contra de la nueva estructura familiar, sino todo lo contrario. Pero parece que en la familia actual el lugar a ocupar por las personas mayores no está nada claro. A vista de pájaro parece que los abuelos –y si es la pareja, bingo – deben tener su propio piso, lo cual es ideal mientras hay salud. ¡Si se pudiera detener los relojes y

Romuald Grané i Vilaseca

los calendarios! Foto fija: los abuelos felices en su casa y el matrimonio o pareja con los hijos en la suya, y todo el mundo contento y satisfecho. Pero, mira por dónde, el reloj echa a andar, el calendario empieza a pasar hojas. Salen arrugas, después dolencias, artrosis, en fin. A partir de aquí podemos escribir más series de novelas para todos los gustos, pero ninguna con final feliz. Se intenta solucionar o suavizar el problema con las ayudas domiciliarias de diversos tipos. Es mucho lo que se hace, y muchísimo lo que queda por hacer. Es admirable el esfuerzo que se lleva a cabo desde diferentes terrenos, técnicas y especialidades. Parece una batalla de todo y de todos contra la fuerza destructora de los años. Y por ahora no encontramos nada para detener esta fuerza. La ciencia no para de descubrir cosas aparentemente maravillosas que, una vez llevadas a la práctica diaria, no son más que un simple parche. Sólo nos faltaban las nuevas enfermedades de la demencia en todas sus variedades.

Quien no me conozca a fondo sacará, sin duda, una impresión equivocada de mi personalidad. Creerá que soy un pesimista y de espíritu negativo. Nada de eso, y de forma muy radical. Lo que sucede es que llevo más de veinte años viviendo rodeado por todos estos problemas, desde todas las perspectivas posibles, y lo analizo desde un prisma muy realista. La vida me ha puesto por delante dificultades muy duras y he aprendido a afrontar cuanto ha hecho falta, y aquí estoy. Lo que lamento es ver que quizá, con los ojos medio cerrados, hay quien afronta los problemas de cierta gravedad pensando que las cosas son como él o ella querrían que fueran y no como realmente son. No me gusta magnificar el problema de los años, no vaya a dar la impresión de que tengo esa manía. Pero cuidado con los años, que podrán con todos nosotros. Y no es broma; es algo muy serio.

Lo que más se escucha en ambientes de personas mayores es eso de que “los años no perdonan”. Mientras la dolencia es suave se

Una reflexión sobre la última fase

bromea, como si no existiera; pero cuando se suman más años y más dolencias y más graves, el espacio para bromear se va reduciendo, especialmente cuando ves que le vas complicando la existencia a la estructura familiar. Se plantea que se puede cubrir con la ayuda domiciliaria, y debemos suponer que hay disposición de llevarlo a cabo. Explica el admirado Vicenç Navarro el caso de su suegra, sueca, a la que iban cinco personas en diferentes momentos a proporcionarle lo que precisaba, de día y de noche. No sé si aquí algo así sería posible, material y económicamente. Respecto a esta posibilidad, me planteo como anécdota el recordar que he vivido cincuenta años en una escalera con treinta viviendas y que entonces, hace una veintena de años, ya había bastantes abuelos, así que me imagino que ahora debe haber más e incluso bisabuelos; y se me ocurre que si la atención domiciliaria fuera *a la sueca* el ascensor estaría siempre bloqueado. Perdonad la ironía. Todo mi anhelo es llamar la atención a quien tenga poder de decisión en este terreno sobre la gran cantidad de gente mayor que, según nos anuncian los profesionales del ramo, nos irá acompañando cada vez más.

Lo que no sé si valoramos con la suficiente precisión es lo que ahora podríamos llamar *efectos colaterales*, o los que no habrían podido seguir medianamente bien la marcha del conjunto. Los procesos de deterioro son, podríamos decir, individualizados. Cada uno es un caso, quizá parecido, pero diferente en realidad. No sé si cabría jugar con aquello de lo cuantitativo y lo cualitativo. Desde una atalaya como la que estoy, rodeado de tantas problemáticas tan a mano, ves casos que durante mucho tiempo, incluso años, no varían y ves que se mantienen casi igual, y que después, de golpe, hacen un cambio tal que provoca el comentario de los de su entorno: “Qué bajón ha hecho Fulano en pocos días”. En seguida comienza un proceso de cierta recuperación o bien de deterioro, algunas veces ya hasta el final, o bien permanecen en un estado más o menos deplorable durante otro período. En conjunto,

Romuald Grané i Vilaseca

podemos aplicar la expresión *los años no perdonan*. Pronto hará diez años que vivo en esta residencia, y después de nosotros, de Flora y de mí, han entrado pocos válidos, debido a la entrada en vigor del nuevo perfil residencial, fatídico perfil; y tal vez habría que manifestar, habría que decir, podríamos denunciar el descenso de la tan pregonada calidad de vida. El nivel de alegría, de optimismo, de ganas de vivir, de espíritu de convivencia, no es como hace unos años. Podríamos concretar el análisis a los que asistimos al comedor general, donde comemos los más válidos o los menos fastidiados, ya que los otros tres pisos, puramente de asistidos, tienen su correspondiente comedor, pero los que su estado se lo permite, aunque sea con ayuda, bajan al grande, y eso les suaviza siempre las posibles dolencias. Todo esto, remarquémoslo una vez más, siempre dentro de una situación de transitoriedad, siempre dentro de la trayectoria descendente que no debemos olvidar en ningún momento.

¿Dónde nos lleva la reflexión? ¿Dónde podemos llegar en la convivencia diaria con la multifacética problemática en que estamos inmersos?

Creo que, esencialmente, nos facilita una coraza que nos permite enfrentarnos a todos los retos que nos plantea esta situación de etapa final de la vida de los humanos y, como es natural, a la muerte. Aparentemente, podría parecer que la parte más dura es afrontar la muerte; desde esta experiencia cotidiana estoy completamente convencido de que la parte más dura, más desagradable, más deplorable y sangrante es, absolutamente, la fase anterior a la muerte. ¡Qué trabajo se le escapó de las manos a Dante!

Desespera imaginar que pueda haber gobernantes que estén proyectando lugares donde meter cuerpos en esta fase temible y se queden tan tranquilos y no se esfuercen en que estos lugares reúnan, al menos, un mínimo de aparente bienestar, pues todas las medidas deben ser pocas para que las fases de

Una reflexión sobre la última fase

la etapa final se revistan de una mínima dignidad y decencia para empujarse cualquier detalle traumático a los posibles e inevitables transeúntes de esta etapa.

Parece la pescadilla que se muerde la cola: construyen este tipo de establecimientos tan repulsivos y después pregonan que la gente no quiere ir a las residencias. Si aquí acabase la historia... Pero, ¿y toda la historia de las residencias privadas asistidas y también para válidos? ¿Qué hacemos? ¿Cerramos los ojos y los sentidos y hacemos como que no existen? Es imposible y nada recomendable este proceder. Pregonamos reiteradamente el derecho que se les debe reconocer a todas las personas mayores a poder elegir dónde quiere residir, dónde quiere acabar sus días, pero cuando alguien habla de residencias, entonces no vale. Bien, si tiene mucho dinero, entonces sí tiene derecho; pero si es pobre o casi, ni hablar. Tal vez convendría debatir sobre el concepto de libertad. Otro día será.

Existe la otra cara: la de la residencia donde haya también un cierto porcentaje de válidos, de los que aún durante un tiempo se valdrán por sí mismos y además estarán capacitados para colaborar en una mejor marcha de la casa, ayudando a moverse a los asistidos y hablando con personas digamos más normales, distrayéndose mutuamente y creando vínculos que tiendan a romper el gueto en que se han convertido forzosamente las residencias o centros geriátricos en que todo el mundo es asistido. El tema del válido se puede valorar desde dos vertientes, primordialmente: una es la de que, si ha querido entrar a vivir en una residencia, ha sido por los motivos que él, si le reconocemos algún derecho como ciudadano, ha considerado más convenientes. Ya haremos una mini exposición de ventajas y desventajas para decidirse o no por la residencia. La otra vertiente es la innegable aportación a la mejora de la tan controvertida calidad de vida en la monotonía de la misma vida en estos centros y el aumento de la autoestima al comprobar que a pesar de ser mayor y quizá estar un poco arrinconado aún se encuentra útil y

Romuald Grané i Vilaseca

vital, contribuyendo a la buena marcha de una sociedad en la que él faltaba. Podríamos detallar varios casos. Creo necesario hacer un esbozo, aunque sea esquemático, de lo que podría ser una residencia que diera cabida a un abanico más amplio y variado de personas, dejando al margen, como es natural, a quienes tienen suficientes medios económicos para poder elegir libremente el lugar donde acabar sus días; aquí trataríamos sobre los que por sus condicionantes económicos se ven privados de la libertad real de poder elegir con independencia, lo que parece que como ciudadanos tienen derecho a hacer.

La residencia del ICASS, de Mataró

La residencia en que estamos mi esposa y yo desde hace casi diez años tiene 222 plazas, más 12 de día. Pertenece al ICASS (Instituto Catalán de Asistencia y Servicios Sociales) y está en Mataró. Está dirigida, administrada y cuidada por casi un centenar de personas con diferentes calificaciones profesionales. Remarquemos que es pública. Hay quien dice que es demasiado grande. Es posible. No sé cuál puede ser la medida ideal. Me parece que tiene que haber muchos condicionantes que harían difícil dictaminarlo. Tampoco creo que exista la medida exacta infalible. Básicamente, una medida puede ser la cantidad de residentes que puede atender un médico con su equipo, y después ir añadiendo cosas, cuantas más mejor. En alguna parte he escrito que una residencia un poco grande, como la nuestra por ejemplo, es más bien como un pueblecito. Quizá, mejor, como un barrio, de pueblo o de ciudad. Aquí hay peluquería de hombres y de mujeres, biblioteca con siete diarios cada día y revistas, servicio de podología, centro de rehabilitación con fisioterapeutas al frente, cafetería con mesas para el consumo y para los juegos de mesa en la que también se hace baile una vez por semana, y sala de televisión donde además se pasan vídeos

Una reflexión sobre la última fase

semanalmente. Estos servicios forman parte así mismo del centro adjunto, los usuarios del cual somos los residentes más gran cantidad de vecinos de los alrededores, lo que permite que los residentes que son de Mataró sientan cerca el calor del vecindario que viene a jugar al dominó o a cartas, alguno de los cuales está esperando plaza para entrar en la residencia.

Por pedir, que no quede. Se puede asegurar que es importantísimo que adjunto a una residencia haya un centro. Es un nexo de continuidad que facilita la normalidad en la relación de los ingresados con sus amistades anteriores, a través de las cuales se mantiene una relación que siempre suele ser positiva. Además, hay una sala que llamamos de terapia ocupacional, donde se llevan a cabo multitud de actividades de manualidades y cursillos y talleres muy variados, en los que los residentes aún medio válidos, junto con los socios del centro, se lo pasan la mar de bien y permite hacer unas cosas y aprender otras, lo que les hace sentirse más importantes y por tanto les aumenta la autoestima. Pero tal como va disminuyendo la capacidad, en conjunto, del residente, y va adquiriendo la categoría de asistido, se reduce en grado superlativo la parte positiva, y mientras haya posibles colaboradores les quedará la posibilidad de pasar a hacer otras actividades, pues aquí no se para de hacer cosas para ocupar el tiempo. Por eso decimos que es aconsejable el centro adjunto, ya que entre los usuarios externos del mismo debemos suponer que siempre habrá válidos que podrán mantener la calidez del ambiente. Y entre los válidos externos y el porcentaje que pueda vivir en la residencia, no cabe duda de que la existencia de los residentes adquiriría un color mucho más alegre y satisfactorio a la vez que humano para todos. Puede parecer reiterativo, pero no podemos ignorar y es obligatorio remarcar la gran diferencia que se respira en un ambiente donde haya un cierto grupo que, en colaboración con el personal de la casa, que tiene mucha preparación y ganas pero que no puede hacer milagros, y casi los hace, dentro de las limitaciones numéricas a que está sometido, al

Romuald Grané i Vilaseca

contar con un grupo con inquietudes e iniciativas no sólo suma, sino que a la vez se siente satisfecho y realizado al comprobar, por las expresiones de los asistidos, el acierto de su trabajo y la utilidad y beneficios del mismo.

No hemos mencionado la sala grande, que además de ser sala de estar, con variados ambientes con sillones y mesitas, se transforma en sala para espectáculos, con un bonito escenario por el que pasan dos o tres veces al mes, y a veces más a menudo, espectáculos del más variado estilo: teatro, *shows* diversos, corales, a veces de una cierta categoría artística; cuentos, actuaciones cómicas y también muy a menudo conferenciantes, que han disertado sobre temas del más diverso espectro.

Resulta emocionante ver cómo residentes ya muy fastidiados siguen el espectáculo o la conferencia y que al finalizar se esfuerzan, como



■ Los residentes coreando “*La Bella Lola*”

Una reflexión sobre la última fase

pueden, para saludar y felicitar a los actuantes citando que le han recordado momentos que, en el transcurso de su vida, habían sido motivo de felicidad y alegría. Creo que no hace falta resaltar la satisfacción, la complacencia que llena el corazón de los que han hecho posible la realización del espectáculo o encuentro y cómo crece el sentimiento de autoestima al ver que, a pesar de la edad, pues aquí jovencitos hay muy pocos, ver que aún eres útil a seres que otros, con más títulos y quizá con más inteligencia, habían condenado al más radical ostracismo.

Esta misma sala sirve los sábados por la tarde para hacer la misa semanal, de libre asistencia. En esta planta que llamamos “noble”, la planta baja, está ubicado el comedor principal, donde comemos los aún medianamente válidos y los que se esfuerzan en serlo –ya lo he descrito un poco anteriormente – a pesar de andar con caminador o ir en silla de ruedas, pues les ayuda a sentirse un poco más apartados de las plantas asistidas, aunque debido a sus dolencias y limitaciones, como por ejemplo los problemas de incontinencia, ya duermen en ellas y pertenecen a esas salas asistidas. Haciendo uso de un cierto grado de tolerancia y comprensión humana por parte de la casa, se aprovecha hasta la última brizna de posible independencia física y mental del residente para hacerlo sentir, a pesar de todo, con cierta vida, cierta vitalidad, para que aunque sea acompañado y con silla o caminador pueda, si quiere –y de verdad que quieren – asistir al comedor general, o presenciar el espectáculo presentado en la sala grande. En conjunto, se siente uno más persona, más normal, y se resiste a caer en el escalafón final por tanto tiempo como sea posible.

He querido hacer la comparación de un barrio con todos estos servicios que se tienen a mano, en unas calles que no están asfaltadas sino alicatadas y además cubiertas, en las que aunque llueva puedes transitar en seco, con calefacción en invierno y bastante bien ventilado en verano. Para que no falte nada de lo necesario,

Romuald Grané i Vilaseca

pasan por la puerta líneas de autobuses municipales en los que te puedes trasladar a cualquier otro punto de la ciudad.

Un día normal podría ser bajar de tu apartamento o pisito a las 9 –los hay madrugadores que bajan mucho antes y se pasean por el jardín, el cual sería imperdonable pecado no mencionar, con fuente incluida, que nos brinda aquel relajante rumor que proporciona el agua cuando salta. O bien hacen deporte o van a la biblioteca a hacer el primer repaso a la prensa –. Vas al comedor, donde te encuentras en tu sitio correspondiente la confitura y la margarina en el plato. En seguida pasan con el pan, que puede ser de barra normal o bien tostado. Hay para elegir, según dentaduras, pan de molde normal o integral. Para los de régimen tienen fruta o manzana al horno e infusiones de hierbas, y para los de dieta normal, café con leche. Claro que no es un cinco estrellas –yo no he estado nunca en ninguno –, pero los menús son más que aceptables. Aun así, se admiten reclamaciones y sugerencias. No sé si hay que explicar que en el comedor, en los menús, se celebran todas las fiestas y fiestecillas, con los postres correspondientes y el cava que los resalta. Y aquí también se nota la diferencia con la presencia o no de válidos. Cuando entramos hace diez años, que había más válidos, estos mismos extras se revestían de más colorido, pues se hacían más brindis y con más euforia y algunas fiestas terminaban con baile. La noche de Fin de Año se esperaban las campanadas y aún había quien después se marcaba unos pasos de baile. Ahora, como mucho, esperamos hasta las 10 y con unas tapaderas de cacerola hacemos las campanadas para comer las uvas, y a dormir. Algunos, que no encuentran sentido a lo de las tapaderas a las 10, se van antes. Creo que no sabré explicarlo: todo consistiría en una docena o docena y media de válidos que hicieran de contrapeso, y ya tendríamos a más de un centenar de personas, la mayoría asistidas, celebrándolo con más alegría y satisfacción. Pero sería imperdonable, en todo este posible guión, olvidar este puñado de válidos con los que contábamos para hacer felices a los demás. Seguro, si son

Una reflexión sobre la última fase

válidos dispuestos a ingresar en una residencia, casi seguro que pertenecen al grupo que por situación económica o familiar han contemplado esta solución y que, no estando aún muy deteriorados, no dan el perfil residencial, y allí los tienes, más solos que la una, como vulgarmente se dice, sin celebrar nada ni con tapaderas, y que trasladados a aquel ambiente podrían, además de crear felicidad para otros, disfrutarla ellos mismos.

La soledad

Aprovechando que nos salen los que viven solos, me gustaría comentar este sentimiento que también en las estadísticas ocupa un lugar prominente: la soledad. Soledad física, pero esencialmente moral, espiritual. El estar solo. Más aún, el sentirse solo o sola. Se dice que “el buey suelto bien se lame”, y quizá sea verdad. Sin duda, en la vida hay muchos momentos en que es preciso sentirte solo. Para pensar, para concentrarte en algún proyecto o idea que llevas en la cabeza. Pero está claro que no todo el mundo lo necesita, y quien lo necesita no es de un modo continuado. Cuando ha madurado el proyecto necesita explicarlo a alguien. Incluso a mitad hacer, necesitará en algún que otro momento comentar posibles aspectos del mismo para sentirse seguro en el camino que sigue.

No sé si la naturaleza es sabia, pero sí parece que la situación natural del ser humano no es estar solo, en especial a ciertas edades. El ser humano es social por excelencia, necesita vitalmente convivir y relacionarse con otros seres, básicamente de su especie. Como en todo, encontraríamos muchos modelos y variantes, pero en general la gente mayor que está sola tiende a abandonarse, a descuidarse: en la limpieza, en la alimentación, en los medicamentos. Cuanto más mayor, peor. Aquí dentro hay cuidadoras, y la vigilancia es distante pero constante. Tenemos algún caso curiosísimo, dig-

Romuald Grané i Vilaseca

amos que de resistencia pasiva, en que prevés que aquel abuelo solo en un piso podría resultar un caso patológico.

Pasando a la soledad física, que se puede dar muy fácilmente en una vivienda con una persona sola y que no está a gusto, comparémosla con la vida aquí: como ya hemos dicho, a las 9 o antes coges el ascensor, en el que ya encuentras caras conocidas y en el que, por cerrado que seas, es inevitable decir algo. Si vas justo de tiempo y te diriges al comedor directamente, pasas junto a otros que también van hacia allí, y lo más fácil es que se hable de alguna cosa. Si te sobra tiempo, igual te juntas con algún grupito que está conversando. Llegas a la mesa y ya tienes allí a tres colegas más que son los mismos de cada día y con los que la conversación es prácticamente inevitable. Esto se repite al mediodía y a la noche en la cena.

A media mañana, antes de comer, se forman unos grupitos que conversan, que critican. Por la tarde, después de ver la película y hacer la siesta, se vuelven a hacer reuniones, totalmente por libre, pero es de suponer que se formen por afinidad en algo. Otros salen, a media mañana o a media tarde, a pasear, o bien a hacer algún recado. ¿Qué quiero decir con todo esto? Pues que aquí es prácticamente imposible sentirse solo. Prácticamente todo el mundo entabla nuevas relaciones, y en algún caso verdaderas amistades. Claro que esto requiere entrar aquí en condiciones de vivir medianamente bien durante un tiempo, pues si estás en las últimas sólo te queda tiempo para lamentos.

A quienes hemos estado y estamos en contra del individualismo como filosofía, si se quiere como sistema de vida, nos duele el alma al ver que con aparente inocencia se promueve el individualismo entre la gente mayor, cuando precisamente parece que más necesario sería, y más conveniente, que se promoviera la convivencia y la solidaridad, sentimientos que viviendo en colectividad se abren camino por sí mismos. Ves

Una reflexión sobre la última fase

cómo personas que no parecen demasiado proclives a ayudar y pensar en los demás se agarran a una silla de ruedas de una abuela más mayor y la ayudan a llegar al comedor o hasta el ascensor, o bien sujeta la puerta del mismo hasta que todo el mundo ha entrado o salido. Innegablemente, podemos menospreciar todos estos detalles, pues el mundo seguiría girando aunque no se produjeran. Pero parece toda una sintomatología del posible comportamiento de la persona mayor aislada o en compañía.

Pensando en la gente mayor que se dice que vive sola y con bajos ingresos económicos, parece que entre hombres y mujeres se acercan a los dos centenares de miles. Es posible imaginar, en caso de conocer la verdadera residencia y tener la posibilidad de escoger, cuál sería la reacción de buena parte de ellas y de ellos.

En este punto me viene a la mente la posibilidad de profundizar en un par de aspectos; uno, la cantidad de pisos o pisitos que podrían dejar libres los abuelos que se decidieran por la residencia y, otro aspecto que siempre me ha preocupado y sobre el que yo no tengo conocimientos ni documentos para dar respuesta, y es el siguiente: cien pisitos –lo que se llamaba *cien fogones*–, ¿resultarían más económicos que cien plazas en una residencia, contando con que la mayoría podrían ser medio válidos? Simplemente es una pregunta curiosa.

La seguridad

Aquí podríamos pasar al otro sentimiento mayoritario de preocupación por parte de la gente mayor: la seguridad. Podemos pormenorizar así este sentimiento:

1. La inseguridad económica. Que la pensión no llega. Cada año, muchas promesas y discursos, pero a final de mes no se llega con seguridad.

Romuald Grané i Vilaseca

2. La inseguridad no de final de mes, sino la de cómo cubrirás el gasto de la reparación del calentador, por ejemplo. Podríamos hacer una lista muy larga, ¿verdad? En esta inseguridad entran todos los imprevistos del hogar y de la persona. En fin. Demasiadas cosas.
3. En este apartado se puede colocar todo aquello relacionado con la salud y con los accidentes y que no cubra la seguridad social.

Hay un aspecto de la seguridad física que es importante no ignorar: una caída en casa. Mientras se avisa a quien corresponda, tanto si es por el teléfono de emergencias como por un teléfono normal, o hay algún vecino que lo oye, mientras llega quien sea, pasa un tiempo que puede ser vital. En una residencia como es debido, sería cuestión de segundos o pocos minutos.

Por si sirve de orientación, os explicaré que debía hacer poco más de dos años que estábamos en la residencia y un día, lavando los dientes a Flora como hacía normalmente, ella empieza a gesticular. Comprendí que era un ataque epiléptico y la tendí en el suelo, todo un panorama, procurando que no se mordiera la lengua y buscando uno de los pulsadores del timbre de alarma. En cuanto lo hube pulsado, en un par de minutos o menos ya tenía dos cuidadoras, y a los cinco minutos ya había cuatro o cinco, que enseguida pronunciaron aquella frase que tan bien siento en ciertos momentos: "Romuald, tranquilo, que esto no es nada. Ahora déjanoslo a nosotros, que ya lo arreglaremos". Me pasa esto en mi casa y con toda garantía que no me apaño tan bien.

Si al sentimiento de soledad, en todo su espectro multifacético, le sumamos el sentimiento de inseguridad, tanto económica como global, forzosamente el abuelo protagonista se ha de ver sometido a unas presiones mentales tales que no es extraño que se nos presenten situaciones tan deplorables como en algunos casos encontramos.

Una reflexión sobre la última fase

A veces he dicho que parece como si los abuelos de Cataluña fueran más espabilados que los de Madrid, pues allí, en un año, ha habido tal cantidad de cadáveres hallados que parece realmente imposible. Aquí también hay, pero en menor cantidad. Aquí quizá son casos más peligrosos, pues hay explosiones, algunas parece que intencionadas, y entonces paga quien paga.

No deja de ser otro aspecto del peligro de que ciertos abuelos vivan solos, y no sería de extrañar que llegue un momento en que las juntas de vecinos tomen medidas al respecto para evitar sorpresas desagradables.

Viéndolo desde el punto de vista de los familiares del abuelo y del propio abuelo, en cuanto a la posibilidad de morir de improviso y el tiempo probable que puede pasar en encontrarlo, volvemos a encontrarnos con la ventaja de la estancia en una residencia. En ella se pasa por la habitación por uno u otro motivo –medicación, cambios posturales, controles rutinarios – varias veces cada noche. Estamos hablando de residentes asistidos. Si además es un enfermo que ya se ve grave, las visitas y cuidados menudean aún más.

Si hablamos de un o una residente en régimen de válido, puede darse el caso que no haya tenido fuerza para llamar al timbre o por teléfono, y entonces el tiempo máximo a transcurrir es hasta primera hora de la mañana, siempre que no se le hubiese visto ninguna anomalía que pusiese en guardia al servicio médico. Tanto en el asistido como en el posible válido, si se podía prever cualquier situación grave la familia estaría completamente al corriente de la situación. En cualquier caso, ante un final no previsto los familiares son informados inmediatamente.

En esta fase final parece que también la sensación de seguridad es superior que en cualquier otra, pero aun así querría decir que donde la sensación de seguridad se manifiesta rotundamente es en el día

Romuald Grané i Vilaseca

a día, en la cotidianidad de la vida. La suma de pequeños detalles a que estamos expuestos en todo momento y que forzosamente te crean el sentimiento de inseguridad al no tener, durante muchas horas del día y de la noche, a nadie a mano para poderte ayudar, sin necesidad de gritar ni ponerse nerviosos; que es lo que pasa en una residencia, que todo se soluciona, podríamos decir que automáticamente. Un ejemplo: estaba esperando el ascensor junto a una residente cuando de golpe se desploma. Instintivamente, la miro, veo que no se mueve, entonces hice una señal al conserje, que estaba delante de nosotros y vio de qué iba, llamó a enfermería y en un momento teníamos a un enfermero con una silla de ruedas, con la que se llevó a la desmayada, que se recuperó en seguida. Nos enteramos del suceso los tres o cuatro que estábamos allí. Pasa algo así en casa, estando solo, y podemos imaginar lo que queremos, pero siempre desde el prisma de la seguridad o la inseguridad, que como sentimiento no te puede impedir nadie.

Si a este sentimiento de inseguridad añadimos el de la soledad y mezclamos, el cóctel resultante puede ser fatal, porque parece que estos dos sentimientos tan diferenciados, en realidad, se entrecruzan de un modo casi total. Veamos: si te sientes solo o sola y tienes, por tanto, el sentimiento de soledad, automáticamente tienes el sentimiento de inseguridad producto de la soledad, que te impide encontrar nada que te dé seguridad. Y al revés: si no tienes seguridad porque a tu alrededor no hay nadie a quien pedir ayuda, infaliblemente el sentimiento de soledad lo tendrás presente. Dos sentimientos totalmente diferentes pero que acostumbran a ir muy juntos y que, para salvarte de uno, necesitas eliminar los dos.

La sensación de soledad parece el más aterrador de los sentimientos de la gente que vive sola. Él solo es capaz de crear un clima irrespirable de agresividad tal que puede poner en peligro el equilibrio mental de ciertas personas que vivan solas. Se dice que una persona puede sentirse sola en las graderías llenas de público del

Una reflexión sobre la última fase

campo del Barça. Queda claro que se trata de otro sentimiento de soledad. La soledad física que da origen a la soledad moral no tiene cabida en la vida en una residencia.

Válidos en la residencia, o residencia mixta

¿Qué pretendemos dar a entender al pedir residencias donde también tengan cabida algunos válidos? Más o menos sería que si bien en todos los discursos referentes a la etapa final de la gente mayor se les destina a una residencia, después de expresar el consabido *mientras se pueda*: con la familia... mientras se pueda. En su propia casa... mientras se pueda. En un apartamento tutelado... mientras se pueda. ¿Y después?

Pues bien, después, una residencia. Todos de acuerdo. En lo que no sé si todos estamos de acuerdo es en el tipo de residencia a que los queremos destinar. Básicamente podríamos prever dos tipos, ambos dentro de la categoría de públicas. Una opción es un tipo de residencia donde todo el mundo ya está bastante deteriorado y el aire que se respira es poco agradable, y unos gimen por aquí y otros lloran o se lamentan por otro rincón: es el que llaman “asistida”. O bien, puedes entrar en otro tipo de residencia donde no todos están en las últimas, donde aún hay vida, donde aún hay quien canta y quien ríe, porque este que ríe –a pesar de los años, que aquí todos son gente mayor – lo hace porque siente, digamos, la alegría de una cierta vitalidad que le permite, además de vivir, irradiar vida a su alrededor y proporcionar una dosis de bienestar a los que le rodean. Unos acompañan a algún asistido a la visita al médico, o a comprar algo, o bien a pasear para tomar el sol. Otros ayudan a los que van en silla de ruedas y tienen dificultades al entrar y salir de los ascensores, y cuando hay un espectáculo les ayudan a situarse en la sala. Otros contribuyen a traer estos espec-



- A la izquierda de la fotografía, el señor Esteve, con 101 años y treinta de residente

táculos. En fin, multitud de pequeñas cosas que proporcionan a la vida un aroma diferente del que alguien ha clasificado como de pre-tanatorio, donde el aire más bien apesta. La presencia de válidos y válidas se detecta sólo con circular por los pasillos entre asistidos que se esfuerzan en saludar e incluso sonreír. Esta diferencia la notan también los familiares de los residentes asistidos, al poder palpar que, a pesar de todo, allí dentro queda alguien vivo. Que puede considerarse vivo.

No sé si es muy difícil entender que unos cuantos válidos y válidas puedan hacer cambiar tanto la calidad de vida de una institución de estas magnitudes. Es más fácil de entender si pensamos en la satisfacción que sienten al ver la labor que realizan, el resultado que se observa en los asistidos. En fin. Todo aquello que ahora es tan bonito decir, como es sentirse realizado, aumentar la autoestima. Bien.

Una reflexión sobre la última fase

Pequeñas palabras que ayudan a vivir y tal vez a sentirse un poco más feliz. Más aún pensando que la opción de estos válidos y válidas era tal vez estar solo o sola en casa, con toda aquella problemática de llegar a fin de mes, de hacer frente a imprevistos, o sea, toda aquella inseguridad económica que ya hemos intentado explicitar. Añadámosle la falta de seguridad, que no queremos volver a describir, y en especial la sensación de soledad, que aquí dentro es prácticamente imposible sentir y más si nos dedicamos a la atención de los demás.

Llevo casi diez años ingresado aquí y he tenido sobradamente la oportunidad, y más teniendo en cuenta las circunstancias de mi esposa, de poder valorar un tipo de residencia donde había buen número de personas válidas que hacían resplandecer el sol con mucha alegría, donde siempre había ganas de hacer cosas y de reír y hacer reír, y por lo tanto los colores eran más brillantes que ahora, que quedamos cuatro gatos medio válidos y que por mucho que nos esforcemos nos quedamos cortos, aun contando con la aportación y las iniciativas del personal de la casa, uno de los objetivos del cual es hacer que todo funcione de la manera más agradable posible y que no escatiman esfuerzos en conseguirlo.

Al no entrar gente válida a suplir las bajas cualitativas –por deterioro – o cuantitativas –por defunción –, la operación aritmética está hecha y comprobada. Si se mantiene el actual perfil residencial, la cosa queda bloqueada.

En este punto nos encontramos –me encuentro – con la respuesta de que es por una cuestión económica, pues dicen que no hay dinero. Algún técnico en bienestar social aconseja que no te dejes engañar con la excusa de que no hay dinero, que dinero siempre hay; lo que pasa es que lo emplean en otros menesteres. Antes de acabar el escrito ya retomaré el tema. Hay que analizar un poco la problemática de la excusa del dinero.

Romuald Grané i Vilaseca

Veamos: si a cada residencia asistida se le destinan unas plazas de válidos, por descontado que se tendrá que hacer alguna residencia más para dar cabida al número de asistidos preciso. Pero hay que tener en cuenta la diferencia de precio de una plaza de asistido con una de válido. Sólo hay que darse cuenta de que aquí, en una planta de 36 asistidos, hay empleados cada día seis cuidadores por la mañana, cinco o seis por la tarde, con su enfermera correspondiente, y dos camareras y uno o dos celadores por la noche. Una planta igual con 36 válidos tiene de servicio dos camareras por la mañana, que hacen la limpieza de los dormitorios y pasillos. Sumémosle otras variantes que por la condición de asistidos se agraven y teniendo en cuenta que el capítulo de los sueldos del personal es la parte del león del presupuesto de una casa como ésta, pronto se comprenderá que los dos precios son muy diferentes. Por lo tanto, el aumento de las plazas de válidos quizá sería menor de lo que a primer golpe de vista pueda parecer. En las residencias privadas el precio de la plaza de válido es muy diferente del de la asistido, como es natural.

Del derecho o del revés, no podemos obviar el aspecto social que representaría solucionar el problema personal e individual de los válidos y válidas a quienes toca la lotería de entrar en una residencia, empezando una nueva vida con menos nubarrones y mucho más sol. Es posible que alguien ose decir que quizá no querrán entrar y la respuesta es evidente: creemos residencias dignas, humanas, para seres humanos, no pretanatorios para cuerpos en las últimas, que no tiene ningún secreto. Hay a quien le gusta decir que la gente mayor no quiere estar encerrada; ante esto, hago una consideración: sólo hay que leer la prensa y las revistas para personas mayores, incluso la prensa diaria, y en muchos números veréis la cantidad de anuncios de residencias –empresas privadas, por supuesto– de toda índole. Ahora, incluso una multinacional financiera proyecta construir un conjunto residencial, algo así como una población de edificios de vivien-

Una reflexión sobre la última fase



■ Mercè (válida) bailando con Flora

das normales pero de calidad, y también de residencias para personas mayores extranjeras. Parece que la intención primordial es que las residencias tengan continuidad con la población colindante y así se elimina la posibilidad de constituir un gueto, que es lo que sucede con los centros de asistidos exclusivamente y por tanto aislados de todo entorno vivo. Ante lo que sientes cuando oyes decir que la gente mayor no quiere ni oír hablar de residencias y al mismo tiempo ves los anuncios de cientos y hasta miles de plazas de los tipos más diversos, pero esencialmente cuyos precios no son ni por casualidad no ya asequibles para la clase trabajadora, sino para la clase media, pues cuando hablan de medio millón al mes y hasta más, ¿qué bolsillo puede asumirlo, si no es el de la gente realmente rica? La respuesta es: perplejidad.

Y si auténticas empresas financieras, con sus estudios de mercado, se atreven a embarcarse en tales proyectos, llegan a la

Romuald Grané i Vilaseca

irónica conclusión de que, en el segmento de población que puede pagárselo, hay quien está de acuerdo en hacerlo y que no deben ser pocos, vista la gran cantidad que se construyen y se venden.

Hay un punto que vengo planteando, quizá de forma un tanto osada, y es el más crudo dilema: no se trata de hacer residencias públicas para obligar a nadie a entrar en ellas, sino simplemente de que con plena libertad se pueda optar y se pueda tener la posibilidad de rechazarla, si esta es su opción, o bien de ingresar en ella si así se necesita y se desea.

Es de suponer y de esperar que si tenemos gobiernos de tipo popular tendrán en cuenta elaborar una lista de posibles soluciones ante la avalancha de gente mayor que nos espera, empezando por la familia, en la que habrá que tener cuidado de que la presión de los abuelos no la desestructure, ya que no es de excesiva fortaleza ante problemáticas graves. En algún punto señalamos que la familia más consistente es aquella cuyo puntal es una abuela, pero esto no se da en todas las casas y tampoco sabemos si es realmente aconsejable.

Hace unos meses, en un programa de TV3, “En campo contrario”, presentado por Pere Escobar, aparecían dos abuelas totalmente antagónicas, pero ambas muy interesantes: una que se sentía muy feliz entregada en cuidar a hijos y nietos, y otra que vivía su vida yendo a bailar, a excursiones; divirtiéndose, decía ella, tanto como podía, y manifestaba sin tapujos que ya había criado a sus hijos y que ahora les correspondía a ellos criarse a los suyos, y que no quería ser la criada de nadie; que si la necesitaban en un momento concreto podrían contar con ella, pero que, como norma, consideraba que tenía derecho a su propia vida.

Cito este caso sólo para reafirmar que ante tanta gente a pedir, toda oferta será poca para poder elegir el modelo que más guste a cada

Una reflexión sobre la última fase

abuelo y abuela. Y si remarco uno, el de las residencias, es porque puede ser el gran colchón que como última, pero gran solución, se procure que ayude a apaciguar los obstáculos que en las otras hay, más fáciles pero menos definitivas.

Un punto que aún no ha salido y que debe salir es la posible financiación de la operación residencias. Es, sin duda, el más complejo. Alguien, en algún momento, ha señalado que la problemática de la gente mayor adquiere tal volumen financiero que debida e inteligentemente tratada podría convertirse en un motor económico. Algo parecido, quizá, a la industria armamentística, que es la que distorsiona todos los presupuestos y que además parece intocable y que parece como si en el fondo todos estuviéramos más o menos de acuerdo. Y os aseguro que con menos aviones y barcos y cañones habría suficiente para solucionar toda la problemática de la gente mayor y aún sobraría para arreglar las escuelas de todos los grados.

Si la industria de guerra es un motor por la cantidad de puestos de trabajo que crea, imaginémonos la construcción de gran cantidad de residencias que, más o menos a la larga, harán falta, así como centros de día, etc. Construirlo, equiparlo con sus útiles y mobiliario. La cantidad de puestos de trabajo especializado y no. Mantenerlo en funcionamiento, *in crescendo*, si el planteamiento demográfico continúa según la marcha actual. Esto sí que podría ser un auténtico motor de la economía.

Después de haber venido el amigo Raül Romeva y también Jordi Armadans a hacer unas charlas sobre paz y desarme aquí en la residencia, hice un artículo para un diario en el que reclamaba precisamente eso: menos cañones y más bienestar social. Y comentando el escrito con un joven amigo periodista le dije: “parece un poco demagógico, ¿no?” Me gustó mucho su respuesta; me dijo: “No, Romuald. No es demagógico, sino pedagógico”. Es un tema en el que debemos trabajar mucho más.

Romuald Grané i Vilaseca

Comprendo que no doy la solución para mañana, pero estoy tan convencido de que la problemática adquirirá una magnitud tal que si se pretende dar soluciones más o menos definitivas –y no parches, cataplasmas que suavizan pero no curan – el lugar al que llegaremos desde los diferentes puntos de partida será la residencia. Quizá con muchas variantes o características. Pero lo que a mí más me preocupa es que, por desconocimiento o por desidia, se lleguen a aceptar los pretanatorios como mal menor. La misión de la residencia, básicamente, consiste en suavizar, apaciguar el proceso imparable e irreversible del deterioro de los abuelos y abuelas que en esa penúltima fase –porque en la última quizá ya no se padece y además es posible que se nos escape de las manos –, la que nos lleva al final. Para ayudar a superarla se debería poder contar con todas las herramientas y condiciones habidas y por haber. En todo el proceso de vida en la residencia, lo primordial es ir superando los días, los meses, los años, todos los obstáculos y percances fruto de los años y las dolencias, y todo sin grandes sobresaltos, sin traumas, como si todo fuera producto de una perfectísima planificación. Y así llegar al final sin apenas darse cuenta.

El gobierno que se atreva a lo que llamamos coger el toro por los cuernos y que además de arreglar en lo posible las diferentes problemáticas planteadas hagan decrecer la inaguantable carga armarmentística, es de suponer que se habrá ganado la confianza del pueblo por mucho tiempo.

Como anécdota –menuda anécdota – personal, debo explicar que este verano pasado me caí en una calle de Mataró y me rompí el fémur y el hombro. En fin, todo un cuadro. Una ambulancia me llevó de urgencia al hospital, al día siguiente me operaron y todo fue muy bien. Y volvemos a encontrarnos otra vez con las ventajas de la residencia. Cuando al segundo día el traumatólogo meditaba el día de enviarme a casa, le dije que estaba en la residencia del ICASS de Mataró, que no estaba en un piso particular y que allí teníamos,

Una reflexión sobre la última fase

además del servicio médico las veinticuatro horas del día, un servicio de rehabilitación muy preparado, con dos magníficas fisioterapeutas, lo cual me permitiría hacer la recuperación en casa, cada día. Me habían operado el domingo por la tarde y el viernes ya estaba en la residencia. También aquí podríamos llenar tres o cuatro páginas con las ventajas de estar en la residencia. Todo a mano, todo a punto. Personal con una profesionalidad a prueba de cualquier circunstancia. Casi tres meses en silla de ruedas, después muletas –aún llevo una –; pero si ya has asimilado que esto es tu casa, te maravilla tener tan a mano tanto servicio, tanto personal de día y de noche y tantas atenciones. Si llego a estar en mi casa de antes, la estancia en el hospital se hubiese alargado mucho más y después hubiera venido la visita diaria a recuperación. En fin, que la opción es muy fácil y ya la tenía hecha.

Me gustaría, antes de terminar, expresar la firme y muy contrastada opinión de que precisamente en una residencia como las que reivindico es donde el ser humano puede ser y sentirse en plena libertad. ¿Por qué digo esto? Que quede claro que es mi opinión personal, fundamentada y comparada con los diferentes tipos de vida que he vivido y he visto vivir.

Puedes querer sentirte libre lavando platos y haciendo la comida y arreglando el pisito, lavándote la ropa... La lista puede ser bastante larga. La cuestión es si te sientes con ánimos, capacidad y ganas de hacer otras cosas, quizá no más importantes, porque la cotidianidad es importantísima, pero ¿no creéis que puede hartar y aburrir?

Si le sumamos el cuidado del familiar enfermo, ¿hay algo más importante? Pero es mejor si pasas a vivir en un sitio donde todo eso te lo hacen, y mucho mejor de lo que lo hacías tú, y no por caridad sino porque ese es el trato. En casa, con todas las responsabilidades, quedas condicionado al salir a realizar cualquier actividad, cualquier viaje. En fin, sin alargarlo más: te quitan esas responsabilidades y

Romuald Grané i Vilaseca

otras que podríamos añadir y te dicen que eres libre de salir, de entrar, de ir, de venir, de volver cuando quieras, mientras avises y pongas en conocimiento de la casa adónde vas y un medio de contacto para localizarte. Si tienes cónyuge en dificultades, como es mi caso, ¿qué decir? Cuando Flora estaba mejor fuimos cuatro o cinco veranos a Francia, a casa de unos amigos. Después, al no poder viajar ella, un verano fui tres semanas con toda tranquilidad. Telefoneé algunas veces, a pesar de saber que de haber pasado algo me lo habrían hecho saber inmediatamente. Por lo tanto, pues, en ninguna otra parte podrás disfrutar de más libertad que en una residencia.

No sé si es preferible hacer un pequeño resumen como conclusión. Probémoslo. Cortito.

Cuando consideramos que la familia es el marco natural para acoger a los abuelos, la mayor parte de los llamémosles consideradores parece no haber tenido lo suficientemente en cuenta la evolución de la familia y también el que, por regla general, al decir “familia” estamos diciendo “mujer”, que es la que más ha evolucionado. Según se haga no será difícil que los años, los que hemos dicho que no perdonan, acaben desestructurando la institución familiar. Sólo recordar que es preciso evitar traumas a los abuelos y abuelas. Recordar:

Contra el sentimiento de soledad, **la residencia**.

Contra los diferentes sentimientos de inseguridad, **la residencia**.

Y que, para poder saborear un poco una residencia, mejor no esperar a que te lleven en el último momento.

A modo de epílogo

Esta reflexión fue hecha antes de la muerte de la abuela de Gracia; por tanto, antes de la declaración del Síndic de Greuges de mediados de marzo y anteriormente al informe sobre la gente mayor de la Diputación de Barcelona.

Queremos remarcar este hecho, pues en muchos puntos parece tener relación una cosa con otra. Una de ellas, la financiación recurrente en los presupuestos del Estado, como dice el Síndic.

De acuerdo también con Dolors Comas en que será un proceso largo –dolorosamente – y que el modelo basado en las familias ya no es el más adecuado.

Cada día las personas mayores en general y las mujeres en particular parecen menos dispuestas a permanecer con la familia con las perspectivas de cargar con las responsabilidades del conjunto familiar. Quién se imagina a la mujer volviendo a casa a cuidar abuelos o bisabuelos...

Hay como una confabulación latente hacia las residencias –recordando los guetos de los asilos, que era otro mundo –, lo cual no impide que haya como una gran eclosión dentro del mundo financiero de ofertas y estudios para ver quién se lleva la parte más grande del posible pastel de la problemática de la gente mayor. AESTE piensa pasar de 15.000 camas a 20.000 hacia finales de año. CASER comprará, dice, por 11,7 millones de euros, el conjunto de residencias que posee la empresa METROCES. CEVASA proyecta pueblos para pensionistas europeos. Otra gran financiera extranjera proyecta hacer grandes edificios de viviendas y residencias adjuntas para jubilados extranjeros. TRIANZA, integrada por Winterthur, Vallesol y Roan, ofrece financiación de plazas de residencia, basada en una especie de vitalicio sobre propiedades

Romuald Grané i Vilaseca

inmuebles. El mercado residencial, suponemos que el privado, crecerá en 2004 cerca de un 10%, fruto de ser el sector geriátrico, dicen, uno de los de mayor proyección.

Como se ve, donde hay dinero hay oferta residencial en abundancia y en especial en previsión de futuro. En el campo económicamente pobre... que Dios les ayude.

Esto no impide que cada día más voces reclamen abundancia de plazas residenciales, y es de suponer que no se refieren sólo a las privadas. Hace poco más de un año que escribí la *Reflexión...* y en este corto período podría haber llenado un saco de artículos y manifestaciones aparecidas en diferentes diarios y revistas en referencia a la problemática residencial. Alguien ha dicho que las residencias son un signo de progreso, y lo serán aún más cuando todos los que las necesiten puedan acceder a ellas.

Últimamente, Enrique Mújica, Defensor del Pueblo, en una entrevista a la revista *Sesenta y más* reitera que lo más urgente es hacer residencias en abundancia. Sobre esto sólo queda decir, o repetir, lo que en la *Reflexión* se pretende dejar claro: la característica que deben tener las residencias es ser mixtas, de válidos y asistidos. Como una obsesión, huir totalmente del posible gueto. Una muestra: una residencia de Navarra que atiende a cuarenta personas ha sido galardonada con el premio ISO por el nivel de calidad con que se desarrolla el centro. Un detalle por si se cree de interés: de las cuarenta personas, veinte son asistidas y veinte son válidas. O sea, es mixta.

El otro punto que no me gustaría dejar en el aire es el abanico interesantísimo de ofertas que se hacen, dicen, para alargar la estancia en el propio domicilio. Todo sea por la buena intención y que la persona interesada pueda elegir. Pero permitidme un comentario: el caballo de batalla es la asistencia a domicilio. Se habla de dos horas a la

Una reflexión sobre la última fase

semana. Imaginemos una persona sola. Hay docenas de miles a quien conceden esta gracia. Contad 24×7 , menos dos; sólo le quedan para estar sola 166 horas a la semana. Sin comentario. Los hay más valientes que han hablado de que el nivel óptimo sería de cinco horas diarias. A algunos, al oírlo, les ha dado un ataque al corazón, no se sabe si por el gasto que eso representa o bien porque se han dado cuenta de que aún quedan 19 horas diarias para que le pueda pasar cualquier cosa al abuelo o abuela que está solo en casa. No es cosa de risa, pues los dramas son graves y abundantes. Pero si tuviéramos tiempo y ganas de hacer números, descubriríamos que calculando a cinco horas al día, el equivalente de horas con cien personas en régimen residencial de calidad se cubren las veinticuatro horas del día los 365 días del año. Se recurrirá a la consabida excusa de las finanzas. Digamos que la respuesta la han dado Vicenç Navarro, Arcadi Oliveras, Armadans, Romeva, Vicenç Fisas, Mayor Zaragoza... ¿Queréis más? Menos armamento, más atención a las necesidades sociales. ¿El armamento da puestos de trabajo? Pues imaginemos Cataluña, España, cubiertas de las necesarias escuelas, residencias, etc., por todo lo que ya sabemos y calculamos. Si es que podemos, hagamos números para contabilizar los puestos de trabajo que todo este mundo positivo podría crear. Yo no entiendo mucho, pero parece ser que podría resultar un nuevo motor económico que produciría bienestar y, dentro de lo posible, felicidad, y no muerte y destrucción como el armamento.

Como final, sólo una queja o comentario: a los abiertamente partidarios de la solución residencia como la menos mala no se cansan de repetirnos que debemos respetar el criterio de los que no desean ingresar, cosa que a mí ni se me ha ocurrido ni se me ocurrirá nunca. Precisamente, lo que reclamo es el respeto a los deseos de cada persona, lo que no se respeta en los partidarios y peticionarios de entrar en una residencia, y por eso se han creado unos perfiles llamados residenciales como barreras infranqueables que son humanamente inconcebibles.

Romuald Grané i Vilaseca

No sé si tiene alguna intencionalidad de más o de menos cambio en este aspecto el que últimamente alguien haya mencionado como posible mérito para tener derecho a plaza residencial la dependencia económica, pues parece que hasta ahora sólo se tenían en cuenta las dependencias por problemas físicos o psíquicos. Si se avanza un poco por este camino puede ser una pequeña solución para los válidos más pobres, pero aún nos quedará la numerosa clase media baja, que habrá ahorrado toda la vida pero no lo suficiente para pagarse una residencia privada. Dejémoslo aquí.

Como comentario final

Desde que escribí el epílogo para la edición catalana hasta ahora, se han sucedido tantas cosas merecedoras de ser comentadas que no cabrían en un opúsculo del volumen de la *Reflexión*, pero nos limitaremos a un par de puntos que parecen imposibles de ignorar.

Uno podría ser el hecho de que por una parte se magnifica la conveniencia, por el bien de la economía, de acentuar al máximo la integración de la mujer en el mundo laboral, a todos los niveles y cuanto más arriba de la escala social, mejor. A mayor participación femenina en la economía, mayor riqueza, dicen. Por lo que respecta a las mujeres, están en plena reivindicación de igualdad de derechos en todos los niveles profesionales. Esto no impide, oh paradoja, que en la proyectada Ley sobre dependencia se intente reservar un espacio significativo en el sí de la familia para cuidar de los niños y en especial de los ancianos, pensando incluso en darles un sueldo, suponemos que renunciando a su carrera o profesión en la vida normal. Quizá algún malpensado diga ver un intento de soborno de resultado negativo, pues en cuanto desaparezca la misión de cuidar al abuelo, que con las inefables pastillitas puede durar un período bastante largo, quizá ya no encuentre puesto de trabajo por haber

Una reflexión sobre la última fase

quedado desfasada en su profesión y ser quizá demasiado mayor en relación a las necesidades del mercado de trabajo. Sin duda, habrá que ser muy cuidadosos a la hora de tomar decisiones, pensando que nos enfrentamos a una problemática de grandes magnitudes y además en línea creciente, pensando que habrá gustos y preferencias de lo más diverso y que sería muy poco adecuado que alguien se erigiera en juez que dictaminara cómo y de qué manera se debe proceder.

Yo no me atrevería a decir que la solución es la residencia, pero sí que es una solución, y como intento demostrar a través de mi escrito, lo peor es esperar a que el abuelo o la abuela estén depauperados en exceso para ingresarlos. Me gustaría remarcar que mi punto de vista es que si una hija o nuera o nieta cuidan del anciano mientras aún su compañía es medianamente agradable, es inhumano o algo peor esperar a que llegue a un cierto grado de deterioro y degradación para enviarlo a una residencia –o gueto, si es una totalmente asistida –, ya que será incapaz de establecer relaciones y menos aún amistades, cosa normalísima cuando se ingresa por propio pie y voluntad. Hay razones para meditar.

Otro comentario referente a la Ley sobre dependencias podría ser que además de la dependencia física o psíquica está la dependencia económica y la que podríamos llamar social. En una entrevista a diversos abuelos, uno explicaba que tenía una pensión de unos 300 euros, y añadía que eso era una eutanasia con tortura. Todos sabemos que no se trata de una anécdota. Podríamos llenar cuartillas. Sabemos también que no todos querrían residencias, pero la respuesta es, como dice José Luís Sampedro, que sean adecuadas, y abrid las puertas y veréis las colas. Se dice que no tienen derecho a residencia porque son válidos. ¿Qué abuelo de 70 o más años puede ser considerado válido? No será un moribundo, pero tampoco un válido. En cuanto a la dependencia social, me refería a los que tienen graves problemas familiares o de vecindazgo y/o

Romuald Grané i Vilaseca

vivienda, que sin duda iría junto al problema económico, en un grado u otro. Molestaos en leer un magnífico estudio de J.J. Aznares, en el diario *El País* del día 14 de noviembre de 2005, titulado “La revolución de los afectos. La convivencia es frecuentemente conflictiva”.

Es importante que el Síndic de Greuges lamente en el Parlamento el déficit de plazas residenciales para personas mayores y para discapacitados –el matiz es importantísimo– y que la Consellera crea que el Síndic tiene razón y que no podemos resolverlo construyendo barracones. Evidentemente. Deben de ser edificios e instalaciones para vivir cómoda y dignamente, y por lo tanto no pueden ser guetos ni aparcamientos de abuelos esperando la hora de morir. Y es obvio que habrá que hacer más para mixtos, pero son más económicos en cuanto a construcción y personal para su funcionamiento, como ya se ha explicado antes, y se trata de inversiones a largo plazo.

Actualmente me parece que todo el mundo piensa en ello...pero sólo por si acaso. Me refiero a las sillas de ruedas; lo que algunos llaman “el vehículo del porvenir”. Por lo tanto: espacios cómodos para circular por todos los rincones.

Podrá parecer una ironía, pero objetivamente es una realidad, el hecho de que, tal vez, las residencias de verdad ayudan a salvar el funcionamiento normal de las familias. En algún escrito he detallado la explicación de un amigo residente que me decía: “gracias a la residencia he recuperado la paz en la familia. Cuando estábamos en casa, mi hijo y mi nuera estaban a matar, casi no nos hablábamos. Desde que estamos aquí mi esposa y yo, vienen a menudo a vernos, salimos algún día a comer fuera y en las fiestas señaladas nos vienen a buscar para ir a casa a celebrarlo. En fin, que hemos recuperado el sentimiento de familia, que estaba roto”. No es un caso aislado.

Una reflexión sobre la última fase

Sin duda, la cuestión crematística cuenta en buen grado, en un sentido u otro. Decía uno, con un cierto sentido del humor, mirando al otro extremo de la panorámica: a los que tienen millones no les falta la familia. De este lado, a veces, aun teniendo algún hijo o algún sobrino hay quien no tiene familia a quien recurrir. Lo dicho: muchas y adecuadas residencias. Si no son adecuadas, ya no son residencias, y por eso tienen que ser mixtas. Creen algunos entendidos en números que con su construcción, equipamiento y posterior mantenimiento, se crearían tal cantidad de puestos de trabajo que se podría convertir en una especie de motor económico.

Resulta que si además de poder salvar en muchos casos la buena marcha de la familia como tal evitase la tortura en esta especie de eutanasia que cita aquel abuelo y sirviera para un mayor desarrollo de la economía, habríamos alcanzado diversas dianas con un solo disparo, como se dice coloquialmente.

Pensando en los tópicos, me viene a la memoria que de pequeño (tendría 10 u 11 años) leí en un diario que el presidente de Estados Unidos, quizá fuera Roosevelt, había ingresado en un hospital para ser intervenido de algo. En aquellos tiempos, en Barcelona y es de suponer que en toda España, la palabra “hospital” sonaba a algo oscuro. Después ha ido evolucionando, y recuerdo con mucha claridad que en los 70 mi madre ingresó en el hospital de San Pablo para una operación y aquel mismo día, casualmente, un médico de allí que era cliente nuestro –nos dedicábamos a la tapicería y la decoración- vino por un trabajo y al decirle lo del ingreso de mi madre, me dijo: “Grané, antes, a San Pablo iban los pobres a morir. Ahora, van hasta los ricos. A curarse.” ¿Qué quiero decir? Antes eran los asilos la cosa oscura y hasta a veces negra. Habían ido evolucionando, parecía que se empezaba a entender la evolución; pero con la aparición de las residencias totalmente asistidas se ha vuelto a nublar el panorama y amenaza tormenta al pensar otra vez en guetos y antros para morir y sufrir hasta ese momento.

Romuald Grané i Vilaseca

Como un clamor pido: haced residencias adecuadas, en cantidad suficiente; que se pueda escoger de verdad; que dentro o fuera de ellas se pueda vivir dignamente esta fase, que no es ningún obsequio en sí misma y que las instituciones deberían intentar suavizar al máximo para poder terminar la vida con una suficiente calidad hasta llegar a una muerte digna.

Agradecimientos

Bien. Es verdad que a mí sí me parecían importantes las conclusiones a que había llegado después de los, digamos, análisis que creo haber realizado en los diferentes y variados ámbitos de los que conforman el mundo multifacético de esta residencia. Pero una cosa es la impresión que me pueda dar a mí la vivencia directa y continuada, por partida doble, de Flora y mía, y la que puedan experimentar los lectores de mi *Reflexión*. Y es en este punto donde me siento, en sentido positivo, desconcertado. En ningún momento me hubiera esperado sentir el alto grado de comprensión hacia el problema y de apoyo a las propuestas que surgen de mis conclusiones. Me siento realmente incapaz de expresar mis emotivos sentimientos. Simplemente, muchas gracias a todas y a todos. Y, si no os complica demasiado la vida, ayudadme a conseguir, en lo que podáis y esté a vuestro alcance, unas residencias como deben ser. Más gracias, a:

Romuald Grané i Vilaseca

M. del Carme Alós i Pintó, alcaldesa de Navarcles. Muy acertada; espero que continúes en esta línea de acierto.

M. José Allende Maceira, de la Federación de Sanidad y Seguridad Social de CCOO. Hay que evitar que las residencias sean un gueto, tal y como tú denuncias.

Pep Andreu, moderador del debate en la televisión de Mataró sobre la *Reflexión* y colaborador en la difusión de la misma.

Jordi Badia Prió, gran amigo, preocupado por el bienestar social. Te felicito, sobre todo porque hasta tu último suspiro actuarás por el bien común.

Víctor Baeta, hijo de unos residentes y activista. “Para que las residencias sean lugares con calidad de vida es necesario que sus residentes no sean exclusivamente asistidos”.

Hble. Josep Bargalló, Conseller en Cap. “A vuestra disposición para lo que sea necesario en el futuro”.

Joan Antoni Barón, alcalde de Mataró. Presidió la presentación de este opúsculo en Can Palauet, Mataró.

Antoni Bassas, Catalunya Ràdio. Por la entrevista.

Aurora Bau, presidenta DMD de Cataluña.

M. Del Mar Bonet, cantautora. “Me sumo a sus reivindicaciones, que contribuirán a mejorar esta sociedad”.

Jaume Bosch, senador, interesado en la calidad de vida, especialmente en la etapa final.

Una reflexión sobre la última fase

Josep M. Bosch, Consell de La Selva y C.G. de la Gente Mayor de Cataluña. Extraordinario. Nos será muy útil para una serie de ideas que tenemos.

Antoni Bosch Gubern, coordinador diocesano de Vida Creciente en el tema de residencias, una asignatura pendiente para nuestros políticos.

Doctor Moissés Broggi, eminente cirujano. “Tenemos verdadera necesidad de residencias”.

Andreu Campanario, activista en el campo de la gente mayor. “Difícilmente una persona puede expresar tan con el corazón en la mano y con tanta sensibilidad un tema tan complejo e importante”.

Victòria Camps, filósofa. “Le agradezco, sobre todo, que haya hecho y escrito esta *Reflexión* desde la experiencia personal”.

Francesc Candel, escritor. “Este método consigue que una residencia no sea antesala de la muerte sino continuidad de la vida”.

Ramon Cardona, diputado del Parlamento valenciano. En la presentación en Valencia, mostró preocupación por la vida de las personas mayores.

Margarida Colomer, historiadora. “Es una propuesta que puede servir para que las residencias cambien su sistema de ingreso”.

Dolors Comas d’Argemir, diputada del Parlamento catalán. “Ya conocía los preliminares, y me hace ilusión verlo impreso”.

Francisco Conesa, sobrino de una residente. Por experiencia familiar, gran defensor de las residencias mixtas.

Romuald Grané i Vilaseca

Joan Corbella, psiquiatra. Escribió un artículo en el diario *Avui* en el que demostraba comprender la importancia que para una pareja tiene el terminar juntos.

Joan Coscubiela, secretario de la CONC. “No siempre la prolongación de la vida va acompañada de la suficiente calidad”.

S.A.R. Infanta Cristina. “Agradece su interesante estudio *Una reflexión sobre la última fase*, que leerá con interés”.

Màrius Cugat, presidente de FATEC, ferviente activista y que asume las circunstancias que se describen en esta *Reflexión*.

Manuel Cuyàs, periodista, participe en la difusión de las preocupaciones que se describen en este opúsculo.

Manuel Delgado, antropólogo. “Los ancianos no pueden constituir, como a menudo se representa, una población pasiva”.

Esperança Esteve, diputada en el Congreso. Entiende bien las residencias mixtas y preconiza la transversalidad en las mismas.

Carme Faja. “Personas aún válidas, que viven en la residencia y que no paran de trabajar en beneficio de los que no pueden valerse”.

Eva Fernández Lamelas, presidenta de la FAVB. “Nos queda mucho camino. Trabajos como el suyo son de gran utilidad”.

Adela Genís, periodista, por la entrevista en el diario *El Punt*.

Ricard Gomà, concejal ponente de Bienestar Social del ayuntamiento de Barcelona. “Gracias por tu escrito y por el esfuerzo y dedicación que implica haberlo hecho”.

Una reflexión sobre la última fase

Jordi Guillot, senador, valioso cooperante en los objetivos del opúsculo, persiguiendo una vida digna también para la gente mayor.

Joan Herrera, diputado del Congreso, ilusionado futuro presentador del opúsculo en Madrid.

M. Rosa López, de la Fundación Nous Horitzons. Es de agradecer y admirar la capacidad de trabajo y esfuerzo y el interés de que ha dado muestras.

M. Rosa Lunas Masnou, presidenta de FOCAGG, ferviente defensora de las residencias dignas y humanas; o sea: mixtas.

Pep Llauder, veterano luchador por la gente mayor. Desde el primer momento, ha contribuido intensamente en la difusión del texto.

Pilar Malla I Escofet, Síndica de Greuges de Barcelona. “Si aceptamos aprender de los que viven los problemas, encontraremos soluciones”.

Joan Majó, director gerente de la CCRTV. “Agradece que le haya enviado el cuaderno sobre el problema de las residencias”.

Quico Maños, buen referente en lo de la gente mayor. “En la residencia de Mataró se respira vida, desde la complicidad de sabernos miembros de una misma casa”.

Muy Hble. Pasqual Maragall, presidente de la Generalitat de Cataluña. “Es necesario que las residencias para personas mayores alcancen públicamente una imagen digna y acogedora”.

Manuel Mas, exalcalde de Mataró y diputado del Congreso. “Os animo a seguir trabajando y dando respuestas a las necesidades de la gente mayor”.

Romuald Grané i Vilaseca

Hble. Salvador Milà, Conseller de la Generalitat de Catalunya. Considera acertado el camino y el empeño en alcanzar un mejor estado de vida.

Rosa Montero, periodista. “Tu librito sobre la residencia me parece muy interesante. Gracias por enviármelo”.

Roger Morales, de la Fundación Nous Horitzons. Buen y activo colaborador.

J. Moratalla, presidente de ADEGG. “Veo una percepción muy válida. Le animamos a seguir luchando”.

Roser Moré I Roi, de *Més de 55.com*. Sigue entusiasta el esfuerzo por convertir en realidades los objetivos, y colabora mucho.

Enrique Múgica Herxoc, Defensor del Pueblo de España. “Creo que su trabajo contiene datos de interés que pueden servirnos para nuestra labor. Muchas gracias”.

Rafael Navas Castellón, presidente del Grupo Júbilo. “Leo atentamente su escrito y me parece muy interesante”.

Miguel Núñez, presidente de AMESDE y veterano luchador. “Es muy importante plantear públicamente estas reflexiones”.

Salvador Paniker, presidente de DMD de España. “Me lo leeré con mucho interés”.

Isabel Piedra, cuidadora de la residencia de Mataró. “¿Dónde pueden continuar viviendo, con casi todas las necesidades cubiertas, con una cierta ilusión por disfrutar de esta etapa? En la residencia”.

Una reflexión sobre la última fase

Sebastià Piera, veterano luchador por un mundo mejor. Dice: “Siempre luchando, pensando en el futuro de los jóvenes y olvidando el nuestro”.

Fermí Pons-Pons, director gerente de la Fundación Caixa de Sabadell. “Creo que su trabajo será beneficioso para los que trabajamos este sector, ya que aporta ideas claras sobre la mejora de vida de la gente mayor”.

Margarita Porqueras i Olomí, directora de la residencia ICASS. Preocupada por la calidad de vida de las residencias.

Josep Puig Pla, escritor de Mataró. “Lo he encontrado interesante. Se plantean problemas muy reales con lucidez y valentía”.

Muy Hble. Jordi Pujol, expresidente de la Generalitat de Cataluña. “La problemática que dibuja va en aumento, y entre todos debemos esforzarnos para que al acceder a la residencia puedan disfrutar con dignidad y con calidad del último trayecto de la vida”.

Lluís Perales, de Barcelona TV, organizador de un reportaje y del debate.

Ignasi Riera, escritor. Artículos en el diario *Avui*: “Las sociedades cultas son las que dedican más atención a los enfermos, a los niños y a los viejos”. Magnífico prologuista de la edición en castellano.

Marc Rius, de la Fundación Nous Horitzons. Importante interés demostrado, así como capacidad de organización.

Núria Ribó, de Catalunya Radio. En su momento organizó una mesa redonda y posteriormente unas entrevistas.

Romuald Grané i Vilaseca

Rafael Ribó, Síndic de Greuges de Cataluña, que parece entender la vital problemática del tipo de residencias.

Màrius Rodríguez Paquiardi. “Estoy de acuerdo en que el ideal ha de ser que las residencias no se limiten a personas deterioradas”.

Eduardo Rodríguez Rovira, presidente de CEOMA. “Me ha hecho repensar el tema de las residencias, en especial las mixtas, y volverlas a valorar con mayor estima”.

Raül Romeva, el hombre que sabe cuántas residencias de gente mayor caben en una escuadra de bombarderos.

Pepita Rovira, cuidadora de la residencia de Mataró.

Miquel Salrach, del Consejo de la Gente Mayor de Cataluña. Colaborador, preocupado con el problema de las residencias mixtas y su calidad de vida.

Anna Sallés, historiadora. “Esperemos que el gobierno de izquierdas ponga hilo a la aguja y cree instrumentos para satisfacer a las personas mayores en sus necesidades”.

José Luis Sampedro, escritor y académico, que dice considerar que las residencias deben ser adecuadas para vivir bien en ellas.

Arturo San Agustín, periodista. Escribió un jugoso artículo en *El Periódico*, tan bien como él lo sabe hacer.

Antoni Segura, catedrático de la UB. Escribió un artículo en *El Punt*. Copresentador del opúsculo en el Pati Llimona, en Barcelona, junto a Lali Vintró. Pudimos ver una ostentación de facultades a cuál mejor.

Una reflexión sobre la última fase

Joan Manel Serrat, cantautor. “Es un tema que nos acaba afectando a todos. Te animo a seguir adelante”.

Hble. Anna Simó, Consellera de Bienestar y Familia de la Generalitat de Cataluña. “Gracias por ir más allá de la labor profesional estricta”.

Eulàlia Solé, periodista. Escribió un artículo en *La Vanguardia*. “La presencia de válidos en una residencia da vida a los demás”.

Juan José Tirado, presidente del Colegio de Enfermería de Valencia. Representante en la mesa en que se presentó en esa ciudad este opúsculo.

M. Tomás, periodista que escribió un firme artículo en el *Levante* de Valencia, a raíz de la presentación de la *Reflexión*.

Francesc Vilaplana, del Consejo de la Gente Mayor de Cataluña. Muy preocupado por el funcionamiento de tipos de residencias que sean útiles y dignas para vivir.

Eulàlia Vintró, catedrática de la UB. Copresentadora del opúsculo en el Pati Llimona de Barcelona, junto a Antoni Segura. Magnífica prologuista. Ha contribuido mucho a que hayamos alcanzado este nivel.

Maties Vives, de la Sindicatura de Greuges. Buen entendedor de la circunstancia de la última etapa.

Mónica Ximenes, sobrina de una residente de Mataró, muy interesada por el tipo de funcionamiento y de vida en las residencias.

Romuald Grané i Vilaseca

Especial mención a **Josep Soler**, vocal de informática del Consejo de Gobierno del Casal de la Gatassa, así como a todos los miembros de ese Consejo y al buen colaborador **Pere Teixidó**. Gracias a los esfuerzos de todos y las aportaciones han hecho posible este trabajo.

Y como colofón a estos sentidos agradecimientos, los más especiales a las Fundaciones Viure i Conviure y Nous Horitzons, que habrán hecho posible que las experiencias y llamados que laten en este escrito lleguen a muchos más receptores, que ojalá puedan asimilar algo positivo y plasmarlo en realidades.